

GUSTAVO R. LENNS

# PATRIA Y BELLEZA

LIBRO DE LECTURA



BUENOS AIRES

IMPRENTA, LITOGRAFIA Y ENCUAD. GUILLERMO KRAFT

1922

Biblioteca Nacional de Maestros

LL  
1922  
LEN

C - A 11.  
28



00000178

## FE DE ERRATAS

---

### DONDE DICE

### DEBE DECIR

Pág. 14 línea 8. <sup>a</sup> —Traspasó.....	Traspuso
» 20 » 6. <sup>a</sup> —Este.....	Esta
» 30 » 1. <sup>a</sup> —Contribuiría.....	Contribuía
» 49 » 7. <sup>a</sup> —Nación .....	Noción
» 69 » 17. <sup>a</sup> —Que el corazón deseca..	Que deseca el corazón
» 98 » 2. <sup>a</sup> —Su seno .....	Sus senos
» » » 15. <sup>a</sup> —De orden aun más ...	De un orden aun más

23667

GUSTAVO R. LENNS

*O. R.*

*C. Nide & Co.*

# PATRIA Y BELLEZA

LIBRO DE LECTURA



BUENOS AIRES

IMPRENTA, LITOGRAFIA Y ENCUAD. GUILLERMO KRAFT

1922

*120 x 175*



*Obra suscrita por el Ministerio  
de Justicia e Instrucción Pública  
de la Nación.*

---

Todo ejemplar que no vaya firmado de puño y letra de su autor  
se considerará fraudulento.

*Gustavo R. Hennig*  


---

*Queda hecho el depósito de ley.  
Derechos reservados.*

A LOS DOCTORES  
MANUEL CARLÉS Y FRANK SOLER  
Y A LA  
JUVENTUD DE LA REPÚBLICA;  
EN HOMENAJE  
A LA DESTACADA ACCIÓN NACIONALISTA DE LOS PRIMEROS  
Y A LOS IDEALES DE ARGENTINIDAD  
DE LA SEGUNDA

EL AUTOR.



LIGA PATRIÓTICA ARGENTINA

PATRIA Y ORDEN

COMISIÓN DE PROPAGANDA

Buenos Aires, 1.º de Agosto de 1922.

*Señor Presidente de la*

*Honorable Junta Central de Gobierno*

*Doctor Manuel Carlés*

*Distinguido señor Presidente:*

*El señor Adolfo Rodríguez me ha visitado en esta oficina con el objeto de interesar a la Institución en la impresión y difusión de un texto que escribe para los colegios y que firma con el seudónimo de Gustavo R. Lenns.*

*"PATRIA Y BELLEZA", como él titula a su libro, es una serie de lecturas sobre asuntos nacionales, fáciles, elocuentes y siempre interesantes, que en mi concepto han de contribuir, dado el método empleado, a desarrollar eficazmente en los niños, a quienes se destina, el culto y el cariño por las cosas de la Patria. Con este juicio, elevo a la consideración del elevado criterio del señor Presidente la obra del señor Adolfo Rodríguez.*

*Saluda al señor Presidente atentamente.*

ALBERTO GARCÍA TORRES

Presidente

En vista de lo informado por la Honorable Comisión de Propaganda, recomiéndese la publicación del libro "PATRIA Y BELLEZA" y felicítase a su autor Adolfo Rodríguez, eminente propagandista de la verdad patria.

CARLÉS

Agosto 1.º de 1922.



M. CARLÉS

---

*Querido Salvador:*

*Le acompaño el informe y resolución motivados por el precioso libro "Patria y Belleza" del entrerriano Rodríguez.*

*Saludos afectuosos*

M. CARLÉS

*Agosto 2/22*

*Sr. Dr. Salvador Maciá.*



CIRCULAR  
A LAS BRIGADAS  
DE LA REPÚBLICA.

Buenos Aires, Diciembre 14 de 1922.

Señor Presidente de.....

Estimado señor Presidente:

Tengo el gusto de dirigirme al señor Presidente, recomendando a su especial consideración el libro titulado "PATRIA Y BELLEZA" de que es autor nuestro adherente señor Adolfo Rodríguez.

Como su título lo indica, contiene una serie de lecturas amenas y escritas en un estilo sencillo y elocuente, sobre asuntos de carácter nacionalista, y que encuadran en un todo dentro de los principios e ideales difundidos por la Liga Patriótica Argentina.

Propagar el susodicho libro es una obra que debe interesarnos a todos los que luchamos con ahinco por tonificar el alma argentina, a fin de que ella no vaya perdiendo sus coloridos propios ante el avance del exotismo que, inculcando en las mentes ideas subversivas, hace olvidar lo bello y puro que nuestro pasado glorioso simboliza, al extremo de que se leen libros de literatura extranjera desechando la copiosa y sana producción de nuestros autores nacionales.

En las escuelas de esa localidad, porque es en el alma y en el corazón del niño donde más debemos preocuparnos de hacer plasmar los conceptos que el libro "PATRIA Y BELLEZA" encierra, es donde el señor Presidente debe intensificar la acción propagandista que de su reconocida gentileza y buena voluntad recabo.

Agradeciendo de antemano cuanto haga en pro de la cultura nacional que difundir dicho libro significa, ya que es de esperar que ha de saber dispensar a la solicitud formulada toda la atención que ella merece, aprovecho la oportunidad para reiterarle las seguridades de mi consideración más distinguida.

LUIS E. ZUBERBÜHLER  
Vicepresidente

DOMINGO SCHIAFFINO  
Secretario





## PRÓLOGO

---

*Tres son las fuentes de inspiración en que bebe comúnmente el sentimiento nacional de un país cualquiera para formarse un alma propia: la tradición, el ejemplo de sus grandes hombres y el conocimiento de las bellezas naturales de su suelo.*

*La cultura moral contribuye no menos que las otras a ese objeto, pero ésta depende más de la educación individual que en el hogar y la escuela se ejercitan que de aquéllas. Por eso encontraréis en el presente libro que os dedico, niños de hoy y hombres del mañana, después de un capítulo consagrado, por ejemplo, a la Bondad, otro que os recuerde un prohombre de la Patria, para luego seguirle la descripción de algún paisaje de los tantos que encierra la República.*

*Al dedicároslo no creo cumplir sino un deber, ya que todo él se halla inspirado en lo que, siendo eternamente digno de admirarse, forma el fondo de vuestras almas juveniles, como la Justicia, el Honor y la Verdad.*

G. R. LENNS



## EL GENERAL SAN MARTIN

Así como ciertos gigantes picos cordilleros coronan todo un sistema de montañas, así también, de entre la inmensa masa humana, surgen, de vez en cuando, sin duda para servir de guía a las aspiraciones de los pueblos, los grandes hombres, los hombres inmortales.

Y San Martín, el capitán invicto, al par que de modestia tanta, es uno de esos.

Si del carácter de una época depende la figuración del que deba condensarla, San Martín sobrepujo a la suya por haber sido, si no el apóstol del credo republicano, el que coadyuvó más que ninguno a que fuera realizable, tanto en el terreno de la idea como en el campo de la acción. Y no obstante, jamás, ni aun a despecho de las más encontradas aspiraciones, de las tendencias más opuestas o de los contrastes más extremos, desmintió de cuanto fuera, a

pesar de lo magno de su obra y de la ingratitud que a ésta siguióle.

Hay algo en la naturaleza humana que propende a personificar en las más grandes y majestuosas creaciones que ostenta el universo a los benefactores de una época determinada de la historia, y si alguna pudiera corresponder, según esto, a quien traspuso abismos y traspasó los Andes, ella no sería otra que esa misma cordillera, a ambos lados de la cual debía, por los siglos de los siglos, resonar su nombre como ejemplo al par que formar el pedestal inmovible de su fama.

Cuando murió no pareció sino que el corazón de América se hubiese desgarrado, porque si él late con la pujanza hercúlea de los pueblos que son libres, lo debe al que dióle con su idea y con su espada el primer impulso que debía regular eternamente su marcha presurosa hacia destinos de progreso, de justicia y bienestar.

---



## LA CARIDAD

Noble y buena, con todos los atributos de las cosas bellas, la Caridad, esa madre siempre solícita de la desdicha y la miseria, es, sin duda alguna, la síntesis de todos cuantos tesoros de amor, generosidad y altruísmo puede encerrar el corazón humano.

Angel protector de las debilidades sin apoyo, de las tristezas sin consuelo, ella mezcla una gota de miel al amargo cáliz que apura el infortunio.

Es como la resurrección de todas las bonanzas, como el ósculo de aliento que imprimen en las frentes abatidas los labios siempre amantes de la conmiseración más abnegada.

No existe pena alguna que ella, la buena hada de esta edad de sinsabores y al propio tiempo de consuelos tantos, no dulcifique con el solo contacto de su vara mágica, la del amor

más entrañable, más puro y más sincero, para probar quizá que si las miserias de la vida son bien cruentas, las virtudes de ella misma la redimen.

Pensar en las desdichas de otros seres es condolerse ya de las de aquellas de los nuestros que bien pudieran éstos padecer, y esa solidaridad de afectos que se establece entre lo que queremos y nosotros, es el comienzo de esa humana, larga serie de cariños que une al hombre con el hombre, ya sea débil o ya fuerte, menesteroso o prepotente, ya feliz o desgraciado.

Tender la mano al desvalido, alentarle en sus empresas, confortar el ánimo de propios y de extraños, llevar hidalgamente el consuelo y el alivio a cualquier desesperanza, congoja o sinsabor, es ser bueno, noble, humano y también caritativo. Sí; caritativo, porque la Caridad para ser tal no es fuerza que se ejerza tan sólo con aquel que sufre de hambre o frío. Y si no, a vosotros mismos os pregunto: ¿Cuántos de los que acaso conocéis agradecerían, aun más que una manta y un mendrugo, una sonrisa tierna y afectuosa o una dulce palabra de consuelo?

Hermoso cual ninguno es el consorcio del bien con la desgracia, por ser como el de la luz con las tinieblas, del cielo con la tierra y, en fin, como el de una lágrima y un beso.



## LA GRUTA DE AUCUME

Seis leguas de camino habríamos recorrido ya, trasponiendo quebradas, torrenteras y barrancos, cuando, salvando el recodo formado por una extensa serranía coronada de roca viva a igual de varias otras que, corriendo paralelamente a ella, perdíanse hacia el Sur, penetrábamos en un pequeño y estrecho valle desde el cual las hondonadas del Codihue, profundas y sombrías, así como la cordillera toda, distinguíanse a lo lejos.

Días hacía que el deshielo se había iniciado, por lo que, de vez en cuando, alguno que otro manchón de nieve aun no fundida interceptábanos la senda que, ascendiendo gradualmente, bifurcábase a menudo hasta borrarse para luego aparecer más pronunciada.

Llegado que hubimos a un tercio, más o menos, de la extensión del valle, hicimos alto; la ascensión había concluído.





No lejos de nosotros una abertura circular, como de unos seis metros de circunferencia, dejábase entrever, la que aparecía en medio de un pequeño bosque de espinos silvestres, jarillas y patacos.

Aquella era la portada de la gruta, la que, dada su rusticidad, no permitía presumir en forma alguna las tan raras maravillas que encerraba.

Después de breve tiempo, empleado en disponer lo necesario para llegar a su interior más fácilmente, internámonos por ella.

Un plano inclinado, descendiendo casi en caída, servíale de gradería, el que, prolongándose, avanzaba hasta muy contados pasos de su centro.

Deslizándonos por él, al punto las tinieblas nos cubrieron por completo, tinieblas que, a medida que se hacían menos densas, convertíanse en un plácido crepúsculo auroral, para luego dejar que se entreviera, en medio de su mágica belleza, una bóveda inmensa y extendida, en la cual preciosos rosetones de caprichosas formas y colores ostentaban su espléndida hermosura.

¡Eran estalactitas! el más vistoso de todos los joyeles con que las grutas y cavernas acostumbran a adornarse.

Formadas por la acción del agua que, filtrándose tal vez durante siglos por las junturas

de las rocas, manaba gota a gota, habían adoptado las formas y el tamaño que el tiempo y la naturaleza quisieron darles, y al presentarse tal cual eran, y, por lo tanto, desnudas de artificios, entonces comprendíase mejor que nunca las inimitables obras de éste y el portentoso poder de aquél.

La misma luz difusa, suave y de tonalidad auroral que reinaba dentro de ella, contribuía a hacer que la abertura por la cual penetraba a su interior apareciera como una estrella sobre un cielo blanco pálido: tan distante veíase la entrada desde el fondo de la gruta.

En medio de la superficie plana en partes y en partes ondulada del húmedo y arenoso suelo, descubríase un pequeño lago de agua tan pura y cristalina que, no obstante la semi-oscuridad que lo envolvía, podía entreverse hasta el último guijarro de su fondo.

Por otra parte, esta misma luz difusa y pálida, al reflejarse sobre él, prestábale tan bellos cambiantes de rubí, oro y azul, según el lugar desde el cual se lo mirara, que al contemplarlo así, tan diáfano y tranquilo, no podía menos de pensarse en la encantada "Fuente de la Mora", del fantástico cuento de Quintana y en la del no menos bello de Goltín.

Un silencio sepulcral, interrumpido sólo de vez en cuando por el monótono caer de alguna que otra gota que al desprenderse de lo alto de

la bóveda interrumpía a la vez la tranquilidad del lago, era lo único que, con su quietud solemne y muda, reinaba dentro de ella.

Después de admirar por largo tiempo todo el anterior conjunto de bellezas, encendiendo la linterna que llevábamos, la que debía alumbrarnos el camino a recorrer, nos echamos a andar tras las misteriosas e ignoradas galerías.

Siguiendo en dirección al fondo, donde la oscuridad comenzaba a reinar con sus más densas y lóbregas tinieblas, y luego de salvar un estrecho pasadizo, nos internamos en lo más profundo de sus antros.

Diez minutos llevaríamos de marcha cuando una nueva bóveda descubrióse ante nosotros.

Tan hermosa como la primera, aunque de menor tamaño, ésta mostraba la particularidad de que el sonido al concentrarse dentro de ella repetíase innumerable cantidad de veces, lo que prestábale un encanto que la anterior no poseía, y que, siendo a la vez extraño y sorprendente, tenía mucho de fantástico.

Dejándola en pos nuestro, al breve rato seguimos tras las otras, que, de distancia en distancia, íbanse descubriendo a medida que avanzábamos, hasta llegar a una muy lejana, en la que un torrente de agua que afluía de la más baja de sus paredes laterales, esparcía a la distancia un rumor confuso y continuado, que fué lo que nos guió para llegar a descubrirla.

La murmurante corriente, después de formar una pequeña fuente al descender por un declive del terreno, perdíase en medio de unos montículos de arena que, cual tétricos fantasmas, se entreveían entre las densas sombras que se elevaban en el fondo.

Dos horas habríamos empleado en recorrerlas cuando comenzamos a sentirnos fatigados, pues para efectuarlo preciso fué salvar mil pequeños malos pasos; trasponer peñascos de formas a cual más caprichosas; cristalinos arroyuelos que se deslizaban serpenteando silenciosos a través de los intersticios de las rocas y, por último, estrechos pasadizos cubiertos de guijarros que hacían, cuando no penoso, difícil y molesto el evitarlos. Sin embargo, ésta no era la última, pues, según dejábase entrever, seguíanles otras y otras, y acaso muchas más.

Al cabo de algún tiempo emprendimos el regreso, durante el cual, y a pesar de haberlas admirado ya, nuevamente nos deleítamos en la contemplación de las bellezas de las grutas más dignas de atención.

Cuando ascendimos, el sol comenzábase a ocultar, por lo que las sombras de los cerros que proyectábanse en los valles iban, poco a poco, acrecentando las tinieblas de la noche que, cercana ya, mostraba sus primeras lobrequeces hacia oriente.



## IDEAL

¿Qué es un Ideal sino la depurada concepción de una belleza imaginada o de una perfectibilidad llevada al extremo humano límite, la que puede o no adaptarse en la vida real a una encarnación viviente?

¿Qué es, por otra parte, la existencia toda sino una incesante carrera que se emprende desde el comienzo de ella misma hasta la muerte, en pos de una aspiración determinada, la que no constituye otra cosa que un Ideal más o menos definido?

Si tal es la vida y tal es el Ideal, no hay ni puede haber ninguno de ellos sin objeto, a menos que negar en absoluto la facultad de concebir y las aspiraciones consiguientes, por las que el ser humano se enaltece.

Llegar a la posesión de ese Ideal, he ahí la finalidad exclusiva y única hacia la cual



tender deben de continuo nuestras propias energías.

Dos caminos hay para ello: uno el que, sin detenerse a reparar en los medios que se emplean, va derecho a conquistarla. El otro es el que nos lleva, sin detrimento alguno de nuestro ser moral, hacia el fin que se propone.

Alcanzar por buenos medios ese Ideal es acrecentar nuestra valía y a la vez dignificarnos; obtenerlo por caminos diferentes es tan sólo renegar de poseerlo.

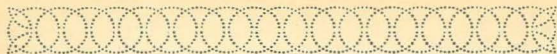
Ha habido, no obstante, épocas determinadas de la historia en que no parece sino que hubiera sido una aberración inconcebible y aun más que presuntuoso erróneo y necio, pensar y obrar altiva y noblemente; en que dióse preeminencia a pasiones secundarias, tan estrechas en sus fines como bajas en sus medios. Epocas en que, durante el transcurso de los años en que primaron sin tropiezos, apostatóse de todo lo que pudo encarnar una virtud, alentar virilidad noble y sincera, un poco tan siquiera de hidalguía; mas al par vemos también que de entre los escombros mismos de esas épocas surgen los más grandes caracteres. Esto prueba concluyentemente que, por más vilipendiados que hallarse puedan los principios que informan la moral del ser humano, jamás podrá llegarse a afirmar en absoluto que el Bien sea tan sólo

la transitoria consecuencia de las acciones menos viles de los hombres.

Un Ideal es preciso, es necesario: es el aliciente de la vida, la sonrisa del futuro, lo que hace que avancemos un paso y otro paso, a pesar de cuantos esfuerzos nos imponga y por más sacrificios que demande.

---





## EL GENERAL PAZ

Tan profundo es el respeto que su nombre nos inspira como a la vez es familiar. Es que Paz encarna cual ninguno la esperanza fugitiva, errante y postrimera de las aspiraciones más caras de la Patria; de la Patria de ese entonces, como nunca abatida y sojuzgada y ya casi agonizante.

Es que él lleva consigo, al peregrinar por los campos de batalla, sus glorias, sus virtudes y su historia, y también todos sus yerros y, con ellos, sus congojas.

Y no hay duda de que los lleva, pues leyendo sus "Memorias" experimentase algo extraño, algo así como un deseo vehemente e infinito porque venza, porque obtenga la victoria en cada una de las acciones en que actúa. Mas, en cambio, una angustia siempre amarga y duradera sobreviene a medida que la suerte le es adversa.

Por otra parte no es posible concebir cómo es que no fué sacrificado; cómo es que no pagó con el martirio su heroico batallar de tantos años.

Mucho debió ser su ascendiente para que en tiempos tales pudiera perdonarse el combatir contra un orden de cosas consagrado por la fuerza y la ignorancia.

¿Qué lugar de la República en el que la Libertad intentara levantarse no se encuentra ligado a un triunfo suyo?

Desde uno a otro extremo de sus ámbitos se registran sus hazañas, y a menos que una extraña e imprevista veleidad de la fortuna se interponga, rehabilita con un hecho memorable los tantísimos desastres de una causa al par noble y desgraciada.

Y así como es fuerte en la refriega es austero en sus deberes y más modesto aún en la victoria.

Combate por deber, porque el deber, desde el comienzo al final de su carrera, fué su credo de soldado; cumplido éste, lo demás no le seduce ni impresiona, ya sea que merezca una corona de laureles o le espere el sacrificio.

El será, por los tiempos de los tiempos, para bien de cuantas causas se abracen como él lo hizo con sus nobles convicciones de guerrero, el ejemplo culminante en el cual han de inspirarse redentores y oprimidos.

---



## LA CRUZ DEL SUR

Sobre la inmensa bóveda celeste, alcázar de belleza en que se ha aunado lo excelsa a lo infinito, aparecen lucientes y serenas las maravillas todas de la noche.

Entre éstas, no obstante ser innúmeras, la hermosa Cruz del Sur destácase esplendente, la cual como ninguna ostenta su sin par magnificencia.

Al contemplarla, un algo indefinido de soberbio resalta a nuestra vista, algo que por su grandeza nos transmite la cabal sensación de lo supremo.

Al juzgarla en tal forma aun dudamos de no haber deslucido su belleza, tal vez por estar ella, así como otras tantas creaciones, ligada estrechamente a un orden singular de tradiciones, las preciadas leyendas nacionales.

Y si no, preguntadlo a la montaña, al to-

rrente o al valle, al bosque o al desierto; a la menor porción de territorio por la que haya cruzado algún baqueano, un gaucho bravo, un rastreador o ya un matrero.

Preguntadles qué era lo que en medio de la noche silenciosa acostumbraba a hacer cualquiera de ellos para lograr orientarse en una selva, en mitad de la Pampa solitaria lo propio que ante un vado peligroso.

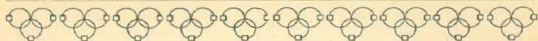
De poder expresarse, nos dirían que levantó de pronto la cabeza, exploró el cielo; buscó con mirada cariñosa la hermosa constelación meridional, esa de la cual sabía muy bien que en cualquier posición en que se encuentre señala un mismo punto cardinal, el Sur lejano, guarida del salvaje, para luego de haberla descubierto salvar de un galope interminable la distancia que deseaba trasponer.

Nos dirían que no hubo montonera a la cual ella no guiara, ni ejército al que no señalara su camino. Que por ella conocíase también la hora precisa en que era conveniente detenerse, retroceder o ya avanzar, dependiendo, por lo tanto, de su influjo más de un éxito y quizás más de un contraste.

La hora propicia para caer sobre la víctima asechada, causar mayor espanto y más estragos, arrebatat vidas y haciendas y huir sin temor de represalias. Al par que igualmente

nos dirían que contribuiría al culto de lo grande, hidalgo y valeroso que informaba el temple de esas almas y la modalidad predominante de esas luchas.

Así la Cruz del Sur como el desierto, los prados y los ríos, las selvas y montañas, forma parte integrante e indestructible de aquello que nos toca más de cerca, ya que ella también ha modelado nuestro modo de ser característico, sentando la ancha base en que se expandan las más bellas conquistas del futuro.



## LA CONCIENCIA

Preferible es ser el último de todos los conscientes que el primero de los notables sin escrúpulos, ya que el poder más cierto y duradero no se basa en grandezas transitorias sino en la unidad de vida y de carácter.

Podrá haber muchas especies de conciencia, mas no seguramente muchas especies de moral, porque así como la verdad es una y única, así también, sea cual fuere la moral de que se trate, concorde debe estar, para ser lícita, con el orden de bondades que la informen.

¿De qué sirven la educación y la instrucción, el talento y la fortuna, lo propio que otros tantos y no menores bienes, si la base en que se encuentran cimentados es falsa y deleznable como lo es seguramente toda aquella que carece de un principio humanitario?

De ahí que la Conciencia sea a menudo necesaria para todos y cada uno de nosotros,

por ser no menos sabia que benéfica y prudente cuando no nos negamos a escucharla, y aun a pesar de ello.

Para todos, cuando se trata del estado social en que vivimos y del que nace del consenso general, así como también para cada uno, rindiendo ante ella exacta cuenta de los actos poco loables en que incurrimos.

En vano es que tratemos de anularla como es en vano el que esquivemos el oirla, porque al cabo vendrá un día en que nos ha de ser forzoso el escucharla, ya sea por haberse impuesto por sí misma o ya porque, ante nuestro propio desborde de desmanes, otros sean quienes se encarguen de hacernos comprender que no es impunemente, como acaso presumimos, que se llegan a olvidar principios que son y serán eternamente perdurables, como la Verdad, la Dignidad y la Justicia, de los cuales ha obtenido su sanción.

Imposible es que en todo haya honradez, honor y altruísmo, mas no por esto jamás podrá asistirnos la razón de que, al no haberlos, neguemos el que existan, ya que, de creerlo, de pensar es también que quien lo afirma no sea en realidad tan bondadoso, altruísta y digno como él mismo lo pretende.

Tratemos, pues, de que en cada uno de nosotros, cuando ella haya de hablar, no sea ya tarde.





## LA BANDERA

Nada que no fuera de un orden más augusto que todo cuanto encierran nuestras selvas, nuestros ríos y montañas, podía propender a consagrarla como el pendón glorioso de la Patria.

Por eso es que nació de los colores que matizan los dulcísimos cielos invernales, cuando el más puro y esplendente de los soles complementa, apareciendo, la majestad que realza su belleza.

Emblema de las aspiraciones más precia-  
das así como de las más amplias libertades  
que los hombres de todas las edades pudieron  
concebir, ella sintetiza la hermosa realidad ya  
presentida que en día no lejano debía cobijar  
bajo su sombra, en una sola raza, a las razas  
más remotas de la tierra.

Y surgió cual convenía: santificada por la





más noble de las causas, a favor de cuyo nombre han latido en todo tiempo en los pechos valerosos mil corajes y bullido en las mentes mil ideas.

¿En qué hecho memorable, de los tantos que lidiáronse en América, no ungióla la victoria con la palma de un triunfo esclarecido, y en cuál de ellos no flameó del lado en que debatióse alguna libertad ya consagrada por el derecho y la justicia de naciones constituídas?

Legendarios, a igual que sus mismos bellísimos colores, son los credos que informaron su renombre, y como éstos sus sublimes heroísmos. Así nada le falta para ser el sacro emblema que ostenta, a semejanza de otros pueblos, el pueblo que forjóla con sus hechos, sacrificios y virtudes.

Otras podrán haber quizá como ella, de tan preciados méritos, de historia tan gloriosa, pero ninguna ha conquistado en un siglo de vida independiente un porvenir más amplio y halagüeño, ni un nombre tan preclaro como el suyo.

Tal es la enseña veneranda que, al conmemorar nuestras fechas inmortales, entrevése ondular gallardamente, cual promesa de bienes infinitos, en el altar augusto de la Patria.



## EL ESPEJISMO

Cruzábamos la travesía de Challacó en lo más inclemente del mes de Enero de hace diez años.

El sol, como de costumbre en la canícula, arrojaba en torrentes de fuego sus más ardientes rayos sobre aquellas gredosas tierras cubiertas de arenisca. La atmósfera, enrarecida por el calor de la hora, tornábase irrespirable, en tanto que la reverberación, siempre creciente, del primero, contribuía a hacer más penosa la marcha que desde las diez de la mañana emprendiéramos para andar las veinticinco fatigosas leguas de camino que es preciso recorrer para salvarla.

La oscura línea de los Andes divisábase a lo lejos, en tanto que hacia oriente un picacho del Río Negro, brumoso y solitario, interrumpía la monotonía siempre triste de aquellas desoladas y extensísimas llanuras.

Varias horas hacía ya que iniciáramos la marcha tan penosa a la vez que prolongada, cuando a quinientos pasos, más o menos, de nosotros, y a medida que ganábamos distancia, fué apareciendo una superficie aparentemente líquida, tersa, diáfana y tranquila, sin orilla alguna, sobre la cual, de trecho en trecho, frondosos juncuales, suavemente mecidos por apacible y misteriosa brisa, acariciaban sus cristales.

¡Era el Espejismo! el fenómeno físico más extraordinario que es posible imaginar, al par que extraño y sorprendente. Jamás belleza alguna podrá llegar a producir sensación más profunda y duradera, ya que, por su esplendidez, no parece sino que embargara por completo nuestro ser.

La luz del mediodía cayendo sobre él pres-tábale una tonalidad celeste pálida tan incomparablemente hermosa, que al contemplarlo creíamos sentir algo así como un hálito de brisa suave y húmeda circulando en torno nuestro.

Creciendo siempre, llegó un momento en que su límite extremo constituyólo el horizonte con el cual confundíase a lo lejos, y cuyos flúidos bordes terminaban a la distancia, allá donde la reverberación del calor dejábase sentir con menor fuerza.

Mirándolo avanzábamos, y a medida que lo hacíamos, todo él, como si obedeciera a un mágico conjuro o a una fuerza misteriosa, íbase alejando lenta, constante, imperceptiblemente, como un fuego fatuo sobre la superficie de un camino.

Sobrado tiempo duró la ilusión para poder extasiarnos en la contemplación de su belleza, y muy escasa para, una vez extinguida, no desear que nuevamente apareciera.

Ignoro si en las ardientes regiones del Sahara y de la Libia, así como en las no menos áridas de Arizona, Atacama y Gobi, este fenómeno se reproduce varias veces, pero lo que recuerdo es que lo que creímos una ilusión, que no siempre se contempla en los desiertos, repitióse una segunda y tercera vez.

Diversas fueron las imágenes en las dos últimas circunstancias en que el más original de los fenómenos mostróse a nuestra vista, pero en ambos siempre fueron ellas de la misma naturaleza que la vez primera y en todas al extinguirse hízolo del mismo modo, esto es, lenta, misteriosa, imperceptiblemente, como si la ligera brisa que mecía sus juncas mansamente rielara su extensa superficie, tan tersa como diáfana.

Nada de lo real con que la naturaleza, en sus más variadas manifestaciones, nos deleita

es comparable al Espejismo, tanto que el lenguaje tórname rebelde y vago cuando no mezquino y torpe cada vez que intenta describirlo.

Los insuperables paisajes que por doquiera se contemplan en la región de los lagos andinos, nos darían, cuando mucho, una pálida idea de la intensa sensación que se experimenta al contemplarlo, como nos produce todo lo que, trasponiendo el límite de lo real, humano y verdadero, tórname maravilloso.

La Apoteosis del Viajero y el Espectro del Broncken no creo que encierren mayor sublimidad que el Espejismo, fenómenos muy diversos del descripto, aunque, no obstante, de naturaleza semejante.

Cuando, por fin, extinguióse por vez última, una brisa enervadora y sofocante comenzaba a correr sobre aquel yermo de adustez tan fosca como triste.

---





## SARMIENTO

Pocos, muy pocos de nuestros pensadores han tenido más amplia y clara visión del porvenir que nos estaba reservado que Sarmiento, y menos fueron aún los que como él contribuyeron a engrandecer la Patria en que nacieron fundando su grandeza en la educación del ciudadano.

Sarmiento, el hombre-idea, el hombre-acción y pensamiento, el apóstol de la redención intelectual, puede reivindicar para sí, a igual que los prohombres de nuestra independencia, la gloria y los honores que la Nación discierne a sus hijos más preclaros.

Él, con su solo esfuerzo, dió rumbos a toda una época, iluminando el camino del futuro con la luz de su intelecto, trazando la senda del progreso positivo, indestructible y siempre cierto que se funda en el saber.

Jamás hubo para él sacrificio grande, por extremo que éste fuera, cuando tratóse del progreso intelectual de la República, a favor del que puso a prueba, día por día, la viril fibra de su carácter indomable.

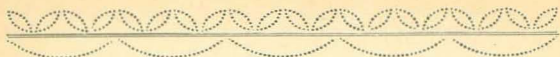
¿Qué región de la tierra en que se hallara no sintió las palpitaciones de su verbo fecundante y en cuál no dejó tras sí luminosas huellas de su paso?

Europa y ambas Américas consagraronlo erudito, y, a igual que Franklin, sólo quiso serlo por los niños, por las generaciones de ese entonces que nacían sedientas de progreso, de justicia y de saber, y de las que él constituyóse en guía.

Y Sarmiento llenó con creces su libérrima misión sobre la tierra, legando a nuestra Patria la mies inapreciable de su genio y de su esfuerzo, madurada a expensas de una vida de estudio, de trabajo, de honradez y sacrificios.

El primer siglo de nuestra independencia se ha cumplido; justo es que se rinda el debido tributo de imperecedera admiración a que hicieron acreedores, a aquéllos de nuestros ciudadanos que han honrado nuestro nombre de nación con sus virtudes.





## LA VOLUNTAD

Citar a la nombrada es lo mismo que evocar al genio de lo creado, lo que rige lo existente, la que encauza las acciones y, en fin, la que informa la lucha y la victoria.

Lo que antes no le fué dado realizar a hada alguna lo efectúa hoy la Voluntad, pero la Voluntad que es energía, acción, valor y sacrificio, y no la que se inspira en pesimismo, destrucción o vanidad.

Ella es la que, a pesar del más hondo desaliento, cayendo más de una vez a cada paso y a despecho de todos los contrastes, late y puja y se levanta hasta vencer, al fin, y perpetuarse.

Si todo cuanto nos es dado atesorar, en el orden cualquiera que se juzgue, ha costado tan innúmeros desvelos, constancia sin ejemplo, arrojo sin medida, ¿es posible que sea digno de gozarlo quien jamás ha cooperado, no ya a acrecentar ese tesoro, ni siquiera a conservarlo ?

Y no obstante, para eso está ahí la Voluntad, la que es un deber ineludible ejercitar a todas horas, a cada instante, en los momentos todos de la vida, pues ni los mismos seres inconscientes han dejado jamás de practicarla.

La valía de un carácter en lo que él encierra de indomable, de férreo, de absoluto, por ella se aquilata, pues bien podría decirse que asemejase a una roca inconmovible a la que no ha de abatir, sin derrumbarla, ese mar jamás en calma que llamamos el Destino.

Digna es, pues, de reverencia la avasalladora Voluntad, puesto que ella sintetiza siempre lucha, y ésta vida, y vivir es perpetuarse.

---



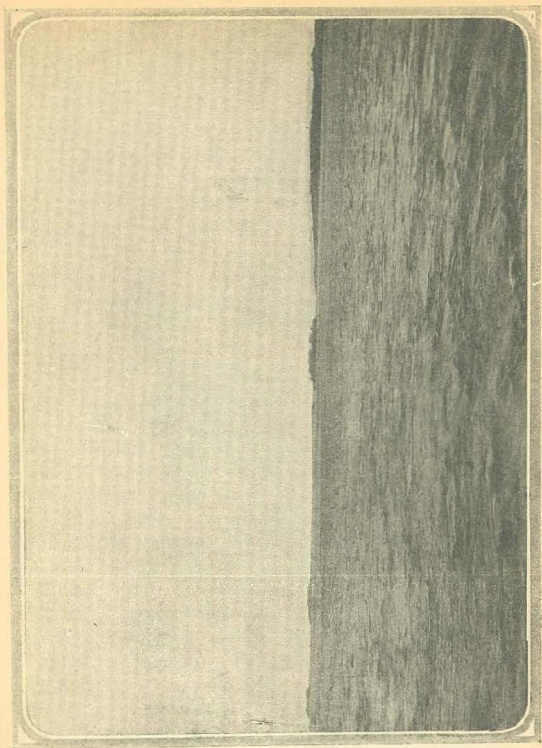
## EL PARANA Y EL URUGUAY

Uno y otro, para prestar quizá mayor grandeza a las selvas tropicales que atraviesan, nacen de las montañas más umbrías del corazón boscoso de la América.

Hermanos, tanto por su espléndida hermosura como por el abrazo de titanes con el cual al final de sus cursos se confunden, ellos corren rumorosos, regando con sus aguas las fértiles llanuras, las lomadas y los valles que encuentran a su paso.

Y, no obstante el simultáneo origen que los une y la escasa vecindad que los separa, es tanta su singular desemejanza, que si algo hay de común entre uno y otro no es más que el paralelismo de sus cauces.

Bellos ambos, cada uno ostenta por millares las galas siempre regias con que la naturaleza, caprichosa, revistiólos, y al diferir, por cierto,

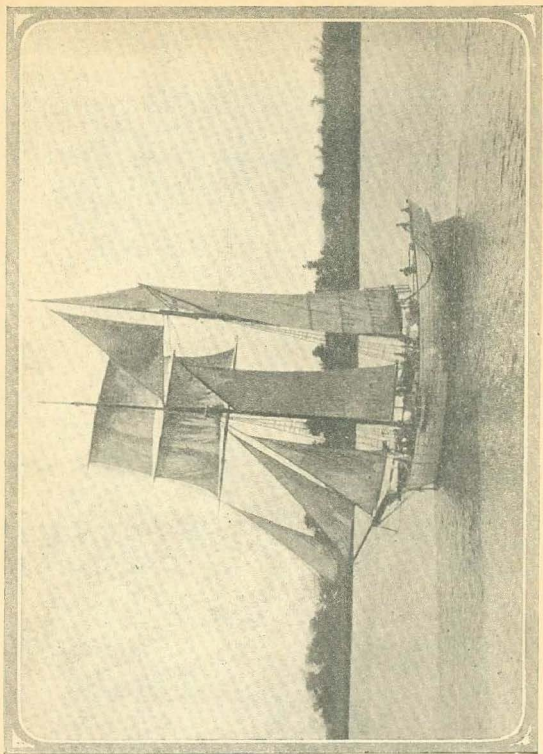


en hermosura, en verdad que no se sabe cuál presenta mayor número de hechizos y al par mayor encanto.

El uno, el más extenso, descende con actitud de atleta encadenado entre alturas insalvables, rugiente al sentirse limitado en sus avances. El otro, el de corriente perezosa, traspone lentamente, en medio de plácidos murmurios, el límite demarcado a su existencia.

El primero sobrepuja en majestad salvaje y desmedida al de perspectivas no menos pintorescas que las suyas, aunque no tan sorprendentes, pareciendo al propio tiempo que él poseyera, aun más que cualquier otro, la conciencia de su fuerza, de su grandeza y su poder.

El uno aprisiona entre sus linfas mil islas desbordantes de follaje, follaje enmarañado, exuberante y prodigioso. El otro, sin contarlas en tal número, las abraza acariciando, conviniendo sin disgusto en dejar que todas ellas se reflejen en sus aguas. El uno es caprichoso, altivo, inconsecuente; ruge y brama en las borrascas con furor incontenible. El otro es mucho menos turbulento; ni aun el mismo Pampero embravecido ha logrado nublar por largo tiempo la fluidez y transparencia de su oleaje. Sobre él puede la luna rielar con mayor gracia y las brisas vagar en libertad. Ambos lucen cascadas portentosas y se adormecen de continuo entre



aromas y vergeles, al concierto de mil trinos y al susurro del bosque.

Uno mismo son sus cielos: celestes, profundos, luminosos. Pero ni éstos, las aves y las flores, ni aun los bellos astros que se miran en sus límpidos raudales, han podido guardar nunca preferencia por ninguno, ni otorgar a uno de entrambos el derecho de creerse el predilecto.

---





## LOS AIRES NACIONALES

De las características de raza, historia y lengua, configuración de territorio y otras tantas influencias secundarias es que, sin duda, nace esa modalidad especial, tan compleja como típica, que perfila, no menos que los rasgos exteriores, la manera de ser de cada pueblo.

De ahí que la nación más real y verdadera, derivada de la forma original, sintética, exclusiva, que permite llegar a comprenderlos con más exactitud que ninguna otra por condensarse en ella el alma misma con todos sus diversos atributos, sea aquella que surge de sus músicas.

Tan cierto es esto que, en cuanto a lo que a nosotros mismos nos atañe, ninguna de nuestras manifestaciones como entidad política o social, en lo que ellas poseen de más genuino, ha llegado a encontrar más dulces ecos, a perdurar



más tiempo, a ser en realidad el fiel intérprete del sentimiento todo popular que los antiguos Aires Nacionales.

Dejando aparte el himno patrio, ya que en él se canta una epopeya, epopeya que sólo se acomoda a un himno como el nuestro, recordemos no más que aquella música que, a despecho de todas las más bellas, aun hoy nos sugestiona, por unir a su cadencia incomparable la originalidad sin par que le distingue.

Nacida tal vez con la primera y más amplia consagración de pueblo libre, inspiróse en lo que fueron, no menos que las costumbres, las tendencias, ideales y ambiciones que emergen de una gran aspiración, de todo lo esplendente e ilimitado en cuanto a una naturaleza siempre virgen y altiveces congénitas de raza.

En ella, pues, se ha concentrado en proporción igual, al par que lo indomable, lo tierno y lo grandioso.

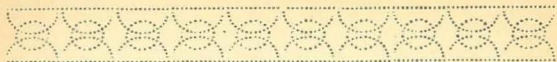
Cada uno de sus tristes, de sus cifras y sus estilos, es algo así como un susurro de bosque, un gemido de pasión o un reto de pelea. Pero no un reto ni un susurro ni un gemido que ha emanado de un rasgo individual de inspiración y quizás único en un momento propicio y fugitivo, sino del alma misma que ha sentido, desde la propia cuna hasta la muerte, el influjo de las guerras más heroicas, del amor más en-

trañable y duradero, a igual que los susurros de mil selvas.

No es de uno, es de muchos, es de todos la sensibilidad profunda que descubren, la poesía que, hecha ritmo, se desborda en mil y mil acordes que remedan, si no la esplendidez de un cielo azul, de pampas y de prados florecidos, de ríos y de arroyos siempre hermosos, la sensación que causan todos ellos condensándose en una o muchas notas.

Las tragedias más crueles de la vida y los contrastes que ahondan éstas mismas, también en esa música hallan eco, así como las horas venturosas de un hogar que se ha perdido, de un bien que ya no existe o de una ilusión hermosa y extinguida. Lo íntimo, lo profundo, lo insondable, todo, en fin, cuanto perdura en el recuerdo con la grata impresión de lo pasado.

Eso son nuestros Aires Nacionales, aun los más alegres y ligeros, por entrañar pasión y sacrificio, nobleza y valentía, congojas y desvelos, tal cual fué allá en el fondo aquella raza que en su música escribió toda su historia.



## MORENO

En verdad que no es posible llegar a deslindar con precisión al pensar en la actuación de este gran hombre, si el glorioso movimiento que tocóle encabezar modelólo a semejanza de su inmensa trascendencia, o fué a él al que esperaba el magno día en que debía surgir nuestra nación para guiarse hacia el destino que nos cupo.

Y si se piensa así es por no ser dable concebir a la revolución de Mayo sin Moreno, ni a un espíritu de tan patriótica hidalguía, decisión y nobles miras como el suyo, sin un hecho de esa especie en que fuera él la encarnación de sus ideales.

¡ Por mucho que se busque entre las pléyades de patriotas de ese entonces aquél de entre ellos que pudiera reemplazarle dignamente, hay algo que nos dice que ninguno. Y no obstante,

no es la voz de la elocuencia la que sólo nos contesta, ni es la voz de la energía, del patriotismo o del saber. Son las cuatro anteriores condiciones que informaron su carácter las que a una nos responden; con el objeto de no dejar lugar a duda alguna de ser él y sólo él quien, cual nadie, convenía al momento inicial de nuestra historia.

Ya dado el primer paso, preciso era que, como otros tantos astros que recorren grandes órbitas de antemano remarcadas, forzosas, necesarias, él trazara para siempre la de aquel de entre los pueblos que debía figurar en adelante en el consorcio inmortal de las naciones.

Transitoria cual su vida fué su actuación en la escena de esós tiempos, pero en cambio ella fué tan luminosa, que no parece sino que la hubiera completado con su muerte al sellar con sus últimas palabras cuanto su alma de argentino ambicionaba.

Lo demás que sobrevino no fué ya desde ese entonces sino las consecuencias necesarias de los hechos con los cuales perfilóse para siempre su figura inconfundible de patriota.



## LA REGION DE LOS LAGOS

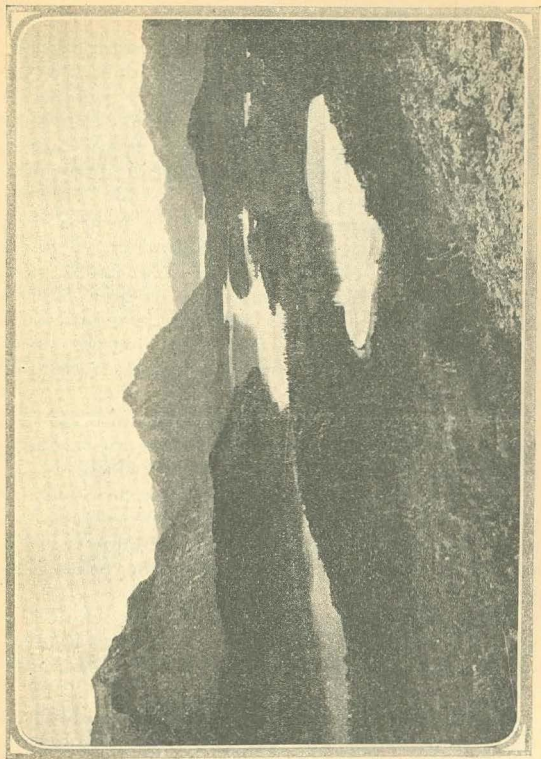
Ninguna de cuantas poseemos puede compararse a esa maravilla natural, circunscrita por montañas en la región más bella de los Andes.

Y, sin embargo, no es la naturaleza de los trópicos la que derrama sobre ella a manos llenas la opulenta exuberancia de su zona, ni en torrentes de luz su luminoso sol meridional.

No es tampoco la región de las aves y las flores que llenan de perfumes el ambiente y de acentos dulcísimos las selvas, pero en cambio es la región de las bellezas que sólo imaginándolas es posible concebir.

De la belleza portentosa que participa de lo grande y lo sereno; de los contrastes desmedidos al par que sorprendentes: de la luz con las tinieblas; de lo abrupto con lo terso o ya de lo pequeño con lo magno.

De cumbres solitarias como solitarios son





tales confines; cubiertas de nieves sempiternas, ventisqueros, precipicios y quebradas; de un cielo siempre límpido y profundo y perspectivas mil, a cual más sugerente y más hermosa.

De un sol que al ocultarse tras un monte divide en dos un lago: de azul turquí una parte y la otra de oro y nácar.

De desnudas murallas de parda oscura roca que al elevarse hasta las nubes limitan, ya hacia oriente o ya a occidente, una extensísima porción de dichos lagos, cuando no es que, cubiertas desde el pie hasta la cumbre de gigantescos bosques de araucarias, pataguas, hayas, pinos y maitenes, hácenlos aún más bellos, tranquilos y risueños.

De frondosas y pequeñas islas que no parecen sino que fueran esmeraldas aprisionadas entre mansas olas de ágata y de plata.

De golfos, cabos, bahías, promontorios, acantilados y rompientes. Todos de formas extrañas, caprichosas, peregrinas y de tamaños y contornos a cual más diferentes y por tanto pintorescos.

De playas boscosas y sombrías, donde el silencio, el eterno habitador de esos lugares, se muestra con su quietud profunda y misteriosa.

De noches plácidas y esplendentes cual los días, y de astros aun tanto o más hermosos y

no menos refulgentes que sus hermanos de los trópicos.

De auroras como nunca haya sido dado contemplar y de crepúsculos aun más bellos tal vez que esas auroras.

No; ninguna de cuantas poseemos puede compararse a esa maravilla natural circunscrita por montañas, porque su belleza es tanta y de tal naturaleza que otra alguna no es posible que la iguale, por ser una y única en toda la extensión de nuestro suelo.





## LA BONDAD

¿Cuál es el fundamento de la tranquilidad y con mayor razón de la satisfacción y la alegría sino la piedad, el perdón y la indulgencia o, lo que es lo mismo, la Bondad?

¿La indulgencia que disculpa, el perdón que aminora las ofensas y la piedad que se conduele del que sufre?

La Bondad es una de las más bellas cualidades que es posible ambicionar, ya que no sólo hace grato el vivir a aquel que la practica sino que también lo hace a su vez a los demás.

Nada, absolutamente nada, ni la gloria, la sabiduría o la fortuna encierran más grandes bienes que los que encierra la Bondad, dado que no parece que ella fuera en realidad humana sino de un orden superior, quizás divino.

Los sufrimientos de la vida, sus privaciones y tormentos, sus angustias y pesares, todo, en fin, cuanto entristece y acongoja, toma ante

ella nueva faz, la faz sonriente y dulce del olvido, la resignación y la clemencia.

De la Bondad, pues, dependen en gran parte las dichas que anhelamos, y que nunca más lejanas de nosotros que cuanto menos la estimamos, por creerla sólo propia de temperamentos no ya fuertes sino débiles, cautelosos y triviales, grave error que nos vale el que ignoremos la satisfacción que se experimenta al comprenderla.

Por ella el hombre estima al hombre; por ella se reconocen los derechos que asisten a las causas y a los intentos loables, se aprecia mejor la libertad y se calma la voz de los instintos, pues por ella jamás podrá rendirse culto alguno a las pasiones.

La cabaña del mísero es cien veces preferible a la suntuosa esplendidez de la mansión más regia si en ésta reinan la vanidad, la intolerancia y el orgullo, negación de la Bondad que presta alientos en las luchas de la vida, y que nunca desfallece por poseer la conciencia y fe ciegas de la excelencia que le es propia, la cual no es otra alguna que el amor en que se encuentra cimentada.

Así la Bondad, como todas las nobles cualidades que forman el más caro patrimonio de las almas generosas, acrecienta los afectos, enaltece el destino de los seres y diviniza el bien en que se funda.

---



## LA PATRIA

Pensar en ella y experimentar la profunda sensación que causar puede lo noble, lo excelso y lo magnánimo, es comprender cuánto en sí encierra, confundir en uno solo los amores terrenales y creerse capaz, sin trepidar un punto, de los más cruentos y heroicos sacrificios.

Y comprender todo esto y experimentarlo todo no depende sino de imaginar que en realidad fuera posible sentirse extraño en el lugar nativo, extraño allí donde nació libre y extraño, en fin, bajo el radioso cielo no menos que en medio de los prados, las montañas y las pampas que fueron sólo nuestros, pues para pensar en ello preciso es suponer que ya no existen por haberlos perdido para siempre.

Tal es el amor que la Patria nos inspira, amor grande, profundo y generoso; amor no

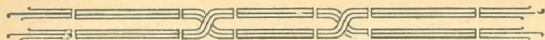
comparable a ningún otro, por ser él el primero de entre todos.

Nada, por otra parte, de las más bellas regiones de la tierra podría, acaso por el instinto natural que en cada ser humano despierta aquella en que vió la luz primera, compararse en forma alguna con cuanto en la misma nos es caro, por muy pobre y deslucido que ello sea.

Así las playas del mar más majestuoso jamás superarán en hermosura a las del mar que nos circunda, a igual que las selvas tropicales no encerrarán encantos comparables al familiar encanto que entrevemos en los bosques que adornan nuestro suelo.

Lo grato, lo risueño, lo inefable, no menos que lo augusto, lo magno e inextinguible, tampoco se hallarán en parte alguna que no sea sobre el terruño aquel, compendio de afecciones, en el cual transcurrió nuestra existencia, terruño que es, sin duda, de esa Patria que veneramos ciega e intensamente, la minúscula expresión de su grandeza.

Y ese amor que sólo ella nos inspira es un amor de suyo indestructible, por nacer como todo afecto intenso de cuanto hay para el hombre depreciado: la libertad, el hogar y la existencia.



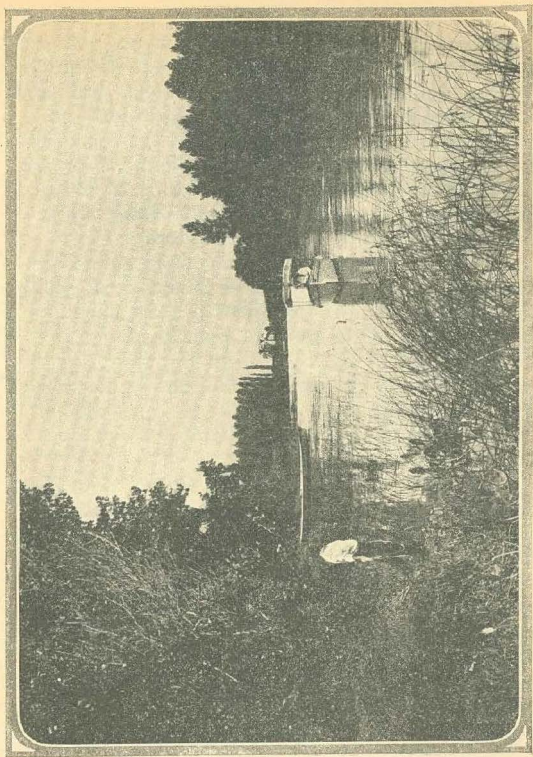
## EL DELTA

Como una floresta ilimitada que ha surgido por encanto de las aguas, yace el Delta en el extremo sur de nuestra grande y feraz Mesopotamia.

Exornado con todos los hechizos que ostenta lo selvático, él añade a su belleza la belleza imponderable de sus cientos de canales primorosos, red tejida por una hada caprichosa que antojósele reunir, en un haz de hilos de plata, las más finas esmeraldas que realzaban su hermosura.

Y esa hada no fué otra que la que prodiga a manos llenas, en galas deslumbrantes, las preciosas maravillas que atesora, y que cubren de portentos las montañas, las aguas, los cielos y los bosques.

Y ese Delta ilimitado es una de esas tantas maravillas que ella muestra a los ojos extasiados





ya de propios o de extraños, por no haber seguramente cosa alguna que consiga asemejarse a esos cauces solitarios, que vanse deslizand mansamente, impulsados de continuo por la oculta sabia fuerza que regula sus descensos; esos cauces ondulados y extensísimos, de márgenes boscosas y sombrías, orlados de bejucos, camalotes y juncuales florecidos bajo un cielo despejado, luminoso y esplendente.

En cada una de las horas de la tarde, de la mañana o ya del mediodía, él presenta un aspecto diferente y una belleza que se hermana a la belleza de cada una de esas horas.

Amanece; y un murmullo de vida que despierta se esparce por las frondas y las aguas, que, a medida que acrecienta y se dilata, se trueca en una orquesta de sonidos y de acordes que resuenan armoniosos.

La calandria y la torcaz dejan oirse, gorjeando la primera un torrente de notas melodiosas, en tanto que la otra transmite un no sé qué de vago y al par triste que enajena; las malezas se convierten en vergeles, y la luz de rayos de oro que ilumina los follajes presta tonos siempre bellos a los bosques que lo esmaltan dando realce a su hermosura.

Llega el sol a su cenit y en tal momento el aspecto del paisaje se transforma, ya que aquél derrama entonces, en orgía meridiana,

todo el fuego que a raudales va cayendo de los cielos.

En esa hora la pradera se ha adormido aletargada; el bosque no se mece ni se escuchan ya las aves; sólo el débil murmurar de la corriente que remoja los ramajes que a sus bordes han crecido, es lo único que indica que aun alienta vida en ella al mediar el mes de enero.

Cae la tarde; y a medida que ésta avanza, más que nunca suena intenso el concierto de lo agreste en el cual parece oírse, además de los mil cantos de las horas matinales, el rumor de la alta hierba; el susurro de las hojas que columpia el blando céfiro; el murmurio de las aguas que parece que platican y esas quejas y mil ayes misteriosos y apagados que nos llegan sin saber qué los produce e ignorar de dónde vienen.

El ocaso se oscurece; con los trinos que han cesado los mil ruidos se atenúan, y a medida que la noche se aproxima, todo calla en la floresta hasta extinguirse.

¡Delta hermoso! en ti se ha aunado, para hacerte incomparable, el primor a la belleza, a lo vario lo esplendente y la luz a la armonía.





## EL GENERAL BELGRANO

El civismo, la modestia y la virtud, por una extraña y rarísima excepción, viéronse en los albores de nuestra emancipación política encarnados en un hombre, para honra y gloria de nuestra naciente nacionalidad, y ese hombre no fué otro que Belgrano.

Belgrano, que en todos los instantes de su vida, así en la adversa como en la próspera fortuna, no desmintió jamás de sus nobles cualidades de guerrero, sus virtudes de patriota y su honradez de ciudadano.

Encarnación viviente de todos los ejemplos que enaltecen, de los anhelos generosos y de cuanta aspiración demanda un sacrificio.

Otros podrán haber tenido más brillantes cualidades, pero no más nobles ambiciones; más arrojo, pero no mayor conciencia de los deberes que la Patria impone a quien la sirve:

igual fe que él en los destinos de la nacionalidad que comenzaba, pero ninguno superólo al hacer de ella el credo de su vida y el objetivo único hacia el cual convergieron sus mejores y más grandes energías.

Como todos los espíritus selectos en los que la generosidad ha perfilado el rasgo distintivo que los destaca entre mil otros, siempre que le fué dado hacerlo, renunció en beneficio de alguna obra bienhechora cuantas recompensas por sus servicios personales le fueron discernidas, prefiriendo, a semejanza de Sarmiento al hacerlas efectivas, la educación, sin mostrarse por ello jamás ufano de los bienes provenientes de sus manos.

Su vida fué tan digna, tan completa, tan sin tacha, que si ella le hubiera impuesto no otra cosa que deberes los habría cumplido con exceso, y si sólo derechos, habría igualmente, tanto por honradez no menos que por altruísmo e hidalguía, renunciado a todos ellos.

Así, nuestra emancipación política es tan grande en sí misma por su fin, como por el temple y la suma de virtudes de la generación que le dió vida, y por eso Belgrano, norte y guía de las preclaras glorias de ese entonces, encarnará siempre el ideal más cumplido del demócrata.



## LA GENEROSIDAD

Afable como el hada siempre buena de los espíritus sencillos, la Generosidad, esa luciente estrella del cielo de las almas abnegadas, esparce por doquiera los destellos de su luz, aun más preciados en tanto son más raros.

Hija del corazón, espontánea y sensible en sus afectos, ensancha el horizonte de la dicha al prestar a la Esperanza la fe con que alimenta su ilusión.

Ella torna a su derredor grata la vida acortando las distancias que prolonga el Egoísmo, y hace de la satisfacción y la alegría la única compensación a sus desvelos.

¡Cuán bella y al par noble se revela bajo cualquier aspecto ante nosotros!

Incapaces tal vez de comprenderla a no ser por sus encantos exteriores, se nos hace impo-

sible definirla aun cuando no por eso no admirarla, y su poder es tanto y es tan mágico que, más que natural, nos parece misterioso y sobrehumano.

Es porque ella conquista lo mejor de nuestro ser y, con éste, sus más bellos atributos.

Así, no amarla sería no amar todo lo que de grato y venturoso puede la vida misma atesorar, y apartarse de la senda que nos lleva sin tropiezos al Edén de lo risueño, de lo hermoso y de lo bueno.

No obstante, preciso es no confundirla con la fatua Prodigalidad, envanecida de sí misma como el necio Orgullo de sí propio. La Prodigalidad, que sólo es la antítesis de aquélla como lo es el Egoísmo, ese inhartable pulpo de la ambición y la codicia humanas que el corazón deseca y mata en flor los impulsos más nobles de nuestra alma.

La Generosidad no espera ni jamás podría esperar de los favores que dispensa el coro de alabanzas que la Prodigalidad desea se eleve a cambio de los beneficios que ella otorga; beneficios sin tasa ni medida que arroja caprichosa y locamente ante su paso, con el secreto intento de ver a la hermosa Gratitude prosternada ante sus pies.

La Generosidad, en cambio, es tan noble como desinteresada, benevolente y animosa, y

si sonríe ante el Bien y ante el Bien obra los portentos que realiza, es por amarlo como nadie y comprender que por él, y no más que por él solo, ella ocupa en la conciencia de los buenos el lugar santificado en el cual sólo perduran las virtudes cardinales.

---



## LA PAMPA

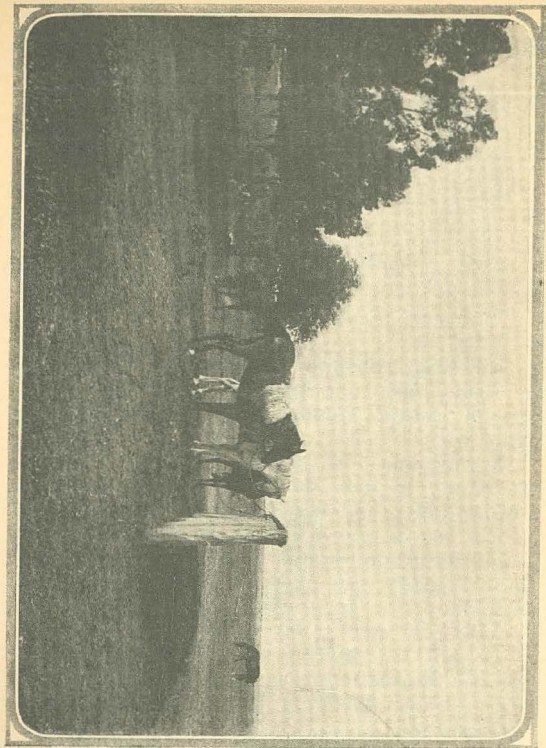
Inmensa, solitaria y silenciosa, tanto como la imagen que su propio nombre evoca, extiéndose la Pampa desde el pie de los Andes al Atlántico.

Monótona, con perspectivas uniformes y continuas, a fuer de ser una misma llanura interminable, concluye, al fin, por subyugar.

Por eso es que la Pampa, como todo lo que, siendo ilimitado, escapa a nuestra mente en sus detalles, posee ese misterio indefinible que impresiona y que es propio tan sólo del desierto, del mar, del cielo y las tinieblas.

Es por eso también que ella ha poblado de visiones fantásticas sus noches, la media luz difusa de sus tardes y las brumas que nublan sus auroras.







Y es no menos por eso que sus campiñas se han llenado de leyendas pavorosas que acaso ni los años puedan, a pesar de ellos, extinguir.

Nada, por otra parte, le faltaba para hacerla como es de sugestiva; su solitario ombú lozano siempre; su cielo inmenso y a la vez profundo; la Cruz del Sur que guiaba al caminante y sus nocturnas aves misteriosas.

Las brisas mismas, al rizar sus hierbas, más de una vez han hecho que se oyera algo que semejaba ayes lejanos, llamados cautelosos, rumores tan confusos como extraños, que el remedo de los ecos contribuía a hacerlos aún más tristes y quejosos.

Soberbia en su grandeza, ella ha dormido por años y más años, custodiada por otros dos gigantes: los Andes y el Atlántico.

Aun hoy poco le falta de esa su rústica hosquedad de antaño; empero, un monstruo la ha domado, y ese no es otro que aquel que circunscribe el horizonte al avanzar veloz a cada paso.

A su estridente grito han despertado sus calladas e inmensas soledades, mil pueblos han surgido, ornando con las galas del progreso su extrema desnudez y su belleza.

El canto del labrador ha sustituido al siniestro alarido del salvaje, y la proficua mies

ha reemplazado a su alfombra de tréboles y gramas.

Ya no es el desierto ilimitado que lo abarcaba todo, sino la promesa de un futuro desbordante de bienes sin medida, de halagüeñas venturas y esperanzas.



## LA CONSTITUCIÓN

Preciso era un medio como el nuestro, un continente virgen, un pueblo, en fin, surgiendo a la vida independiente y no menos viril que inteligente, para poder, como pudo nuestro pueblo, darse por ley primera la que tiene.

Todo cuanto la Europa conquistara en las luchas del civismo, de la libertad y democracia, él supo hacerlo suyo, depurándolo en beneficio no de añejos y personales intereses sino, por el contrario, en provecho exclusivo de sí propio, puesto que él y sólo él constituye la Nación, y al constituirla es la única, la real, la verdadera, la suprema omnipotencia.

Nunca es más trascendental la ilustración del hombre ni más alta la ciencia y soberana que cuando aquél descubre para un pueblo la ruta que señala sus destinos, ni éste es nunca más feliz y venturoso que cuando consigue

hallar quien sintetice en forma generosa, amplia y sapiente, al par que sus derechos, sus deberes. Pues preciso es conocer las aptitudes, las necesidades primeras y directas así como las modalidades todas que lo informan, para que sea posible concretar en contados principios su grandeza.

Y nuestra ley primera ha sabido felizmente, y quizá más que ninguna, confundir en un mismo desposorio restricciones y derechos, previsión y tolerancia, no menos que todo cuanto, siendo al parecer más antitético, constituye sin embargo el basamento sobre el cual se ha de construir en lo futuro el sistema social que la complete.

Enumerar en qué consisten sus bondades sería lo mismo que alabar como perfectas la verdad hecha saber, prudencia, justicia y probidad.

Nada le falta, pues, para que sea la más alta expresión del pensamiento que ha de orientar, segura de sí misma, a la Nación que ha podido, hasta el presente, ver cumplidas sus nobles ambiciones.



## RIVADAVIA

Nombrar a Rivadavia es evocar la más trascendental y sana de las evoluciones que se llevaron a cabo en el orden político, económico y educacional de nuestra Patria, y para el que sólo hubo, en recompensa de tanta dedicación, voluntad y esfuerzo, no más que inconsecuencia, ingratitud y olvido.

Con la serena visión del porvenir que nos estaba reservado, Rivadavia trató de establecer, en cuanto le fué dado hacerlo, un orden de cosas de suyo consecuente con los destinos de un gran pueblo, para lo cual puso a prueba su carácter, sacrificó su bienestar y amargó toda su vida.

A pesar de ello, la simiente que dejara, después que su mano poderosa no pudo evitar el turbión de encontrados intereses y tendencias que desencadenáronse sobre ella, al fin fruc-

tificó, y fructificó debido a su impulso generoso, titánico quizá para el cúmulo de las adversas circunstancias de ese entonces y la ciega terquedad de las pasiones que mediaban.

Por su intento sobrehumano, nada más que por su intento, ya es digno Rivadavia de ser honrado cual conviene a los hombres de su talla, aun más grandes y sapientes en tanto se miden por el tiempo los desvelos indecibles que cuesta un adelanto.

No es culpa de los magnos intelectos pensar con una época de más luces que la suya, ni tampoco es culpa de ellos dar pasos de gigantes descubriendo lo ignorado un siglo antes que el común de los mortales.

Hoy que sus manes han triunfado, recién podemos valorar en lo que somos lo que él fuera, aquilatando por lo tanto su desprendimiento sin ejemplo, su abnegación y patriotismo.

Las generaciones que le admiran y las que aun deberán pagarle ese tributo, no son ni serán las que debieran por su número, comparado con lo inmenso de su obra.



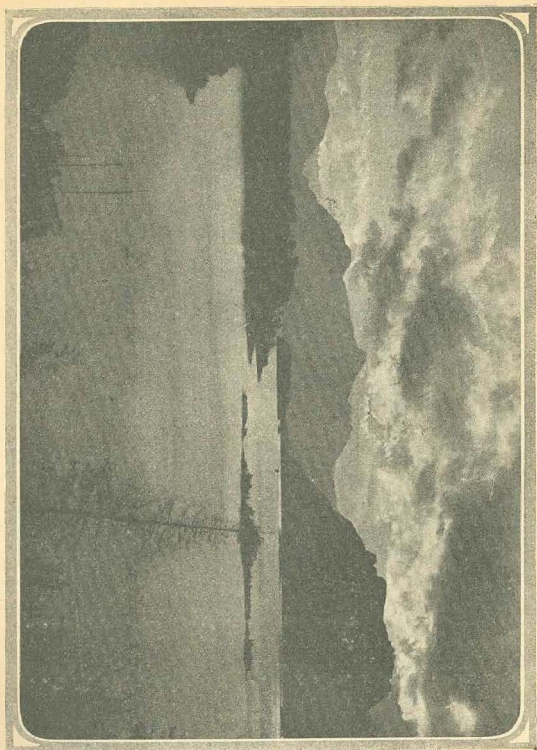


## OCASOS ANDINOS

Recorriendo el patrio suelo, más de una vez he contemplado el lento agonizar de los crepúsculos pámpeanos, de los llanos de La Rioja, del Delta, de Misiones y el Chubut, pero ningunos parecieronme tan sugestivos, grandiosos y atrayentes como los incomparables ocasos de los Andes.

Sobre las estupendas magnitudes de más y más montañas que vanse sucediendo unas tras otras; sobre la caprichosa diversidad de sus mil y mil formas y tamaños diferentes; sobre sus innúmeras y sorprendentes perspectivas y otras tantas alturas prodigiosas; sobre lo inconmensurable y lo soberbio, lo titánico e infinito, y, en fin, sobre el armónico conjunto de todo ello realzado por la luz desfalleciente de una tarde de Otoño silenciosa, imaginad, revestido de nubes multiformes, el más puro y esplendente de los cielos, el más diáfano de





entre ellos, y os formaréis, cuando mucho, una idea pálida de los más bellos crepúsculos andinos.

El sol, al ocultarse tras los montes, ha teñido de oro y púrpura el horizonte que a lo lejos aparece cual si fuera un incendio colosal, cuyos intensos resplandores matizan de escarlata el núcleo prominente de las nubes, en tanto que sus bordes se nos muestran esmaltados con los tonos más fúlgidos del iris.

Diluyéndose en cambiantes aun más bellos que al hacerlo participan de las gradaciones siempre hermosas que ostentan comúnmente las auroras, van tornando lentamente sus colores en mil otros que, a medida que la luz se debilita, se hacen más y más opacos, llegando poco a poco hasta extinguirse. El blanco, el amarillo, el amaranto, el cetrino, el bermejo y el celeste, muéstranse unos tras otros en escala gradual e intermitente, en tanto que lenta y débilmente las sombras que proyectan las montañas ocultan por momentos las quebradas y los valles, las faldas y laderas, para no verse más que las cúspides gigantes, diseñando sus contornos caprichosos sobre un fondo de luz que desfallece con los últimos destellos de la tarde.

Las formas y el tamaño de las nubes, que realzan por otra parte su belleza, complemen-

tan lo mágico del cuadro que se muestra imponente ante nosotros, entreviéndose a la vez entre estas últimas otras tantas montañas prodigiosas, otros valles, otras laderas, a la vez que otras quebradas.

El horizonte se oscurece; el murmurio del Barrancas nos llega más distinto; celajes pardos y extendidos han sustituido a aquellos de intensísimo carmín de hace un instante, en tanto que la noche silenciosa va colgando lentamente por doquiera sus flotantes cortinados de tinieblas.



## LA VERDAD

Leal y altiva, esforzada y valerosa, la Verdad, esa deidad sagrada a la que no rinde culto sino la abnegación y a la que nunca ha de atreverse a cortejar pasión alguna que no sea digna de ella, es tan sólo patrimonio de las almas varoniles, de los grandes caracteres y de ideales aun más grandes.

Merecer ser apóstol de su causa es merecer un alto honor, honor que al no ostentarse acrecienta cual ninguno su valer.

Aparte de esto, siendo como ella es, es decir, irreducible, jamás podría menguar su propio imperio mendigando una lisonja, ni menos sonrojarla halago alguno que ajeno fuera al bien.

✻ Ella ama pocas cosas, mas no por ser contadas son empero menos grandes ni por esto menos nobles. Así, al vislumbrarla a través de

la Hidalguía, del Honor o del Deber, no puede menos de afirmarse que todas esas bellas cualidades poseen de ella el fondo de honradez en que se basan, lo que hace que al descubrir la esencia misma, no el disfraz, no el vestido engañoso de las virtudes que enaltecen, nos parezcan aún más dignas.

Para honrar lo que honran todos, execrar o escarnecer lo que execran o escarnecen tantos otros que al hacerlo lo realizan comúnmente por costumbre, conveniencia o cobardía; ser, en fin, a igual del mayor número, ¿qué objeto habría, en tal caso, en exaltarla; qué razón tendría de ser; qué excelencia sería entonces esa suya que así funde en uno solo tanto augusto ministerio para luego ejercitarlos?

La Verdad, pues, omnipotente por sí misma, funda allí donde se encuentra el privilegio que su propio valimiento le señala, y del cual tan sólo gozan aquellos que al amarla la practican.

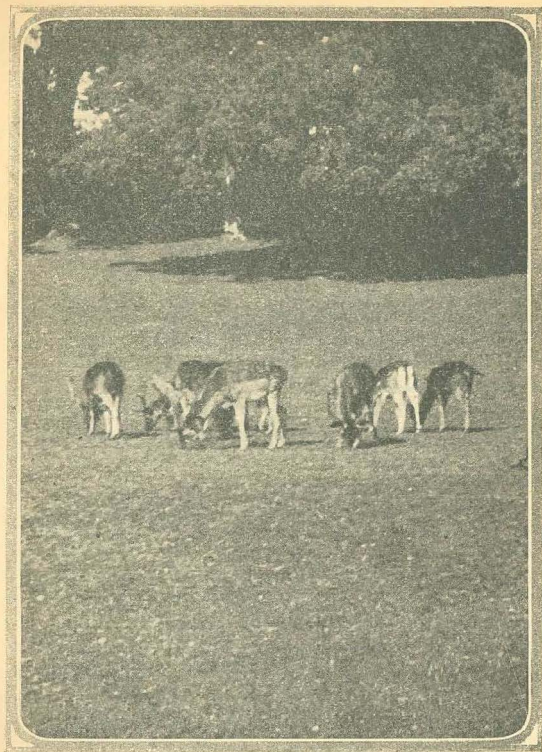


## REMINISCENCIAS

Nada existe que dé de una manera más perfecta la idea de la grandeza de un país, tanto en extensión como en belleza, y como consecuencia de ello un más constante y acendrado amor hacia él que conocer, aunque más no sea en algunos de sus mil aspectos diferentes, tanto la topografía como la fauna y la flora de su suelo.

Pensando de tal suerte, en verdad que no se sabe qué intensísima emoción embarga al ánimo cuando al recordar, por ejemplo, los sombríos bosques que bordean el sinuoso río Corrientes, en cuyas márgenes compruébase a menudo la existencia de ignorados al par que profundos tembladerales, al punto recordamos igualmente a los que en ciertos lugares cenagosos de los valles de los Andes, así como en los de varios ríos del sur, toman el nombre de menucos.







Establecido el parangón que por fuerza se impone al mencionarlos, al instante surge la noción de la distancia tan extrema que a unos y otros los separa, para al cabo concluir por abismarnos al considerar que tanto y mucho más de ese extenso territorio es el regio patrimonio de una nación consciente y poderosa.

Una vez en tal orden de impresiones los encantos se suceden, y cual si fuera un mágico conjuro aquel por el que entrevemos lo ya visto, nuevamente creemos escuchar, en medio de las horas más ardientes de principios de febrero en esos mismos bosques silenciosos, el canto no menos prolongado que monótono así como tristísimo de la paloma montañera, cuyos ecos nos llegan vagamente, pues ésta, al buscar la soledad lo propio que las sombras más profundas del follaje, sólo parece hallarse bien en lo más impenetrable de las selvas.

Tras lo anterior, acaso por formar con ello un gran contraste, nuevamente creemos tener ante nosotros el panorama insuperable que desde la árida eminencia llamada El Portezuelo, contigua al camino que por el pintoresco boquete de Pino Hachado pasa a Chile, descúbrese a lo lejos; panorama en el cual la inmensa cordillera ilimitada se nos muestra con las eternas nieves que la visten. Y entonces parece oírse, una vez más, el eterno rezongo del mataco que, a falta de ave alguna, rompe

con su existencia de eremita el silencio casi tétrico de aquellas extensísimas llanuras.

Trasladándonos allá donde el quebracho, ese verde gigante de la selva, ha sentado su profunda y férrea planta, desde quién sabe qué edades remotísimas, al caer la tarde, en esa hora tan hermosa del crepúsculo que llaman comúnmente de "El sol de los venados", sin duda porque éstos recién entonces aparecen saliendo de las más intrincadas espesuras a pacer en los lugares descampados, entreveremos ya en parejas solitarias o bien en mayor número el ciervo majestuoso. Y el Chaco, el Chaco inexplorado, llega entonces a nosotros como una de esas tantas regiones remotísimas de las cuales se relatan portentos tan extraños y curiosos como los del país de los antílopes, de la cebra y la jirafa.

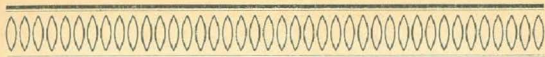
Al contemplar a aquél, de suyo tan esbelto por sus formas, destacando sus contornos en medio de la grama de los prados, al punto recordamos al huemúl, el precioso venadillo que es el ornato tanpreciado de los bosques casi australes de esa misma extensa Patria. Y con éste recordamos igualmente los piñones de sus selvas, las truchas de los ríos de que él bebe, la avutarda y la jipaya; al par que con el otro el guavillú tan exquisito, el chañar y el ubajay; el salmón de los remansos del Bermejo y Pilcomayo, los cisnes de plumaje tan

hermoso, al par que los flamencos color fuego que pueblan sus riberas.

Concentrando los recuerdos, tras los citados nos llega el del caldén, el árbol aborigen de la Pampa, que, así como el ombú, rompe de tarde en tarde la monotonía tan profunda como extrema de la mayor pradera americana, para luego sucederles el de los palmares extensísimos que allá sobre la margen uruguaya se elevan tan frondosos.

Después de éstos, por último, y quizá por no contar árbol alguno, síguenles los de los valles más risueños a la vez que peregrinos que es posible imaginar, como lo son, sin duda, los del sur, llamados de las Damas, Laguna Blanca y Génua; los dos últimos de los cuales ostentan alguno que otro bloque solitario de granito, tan enormes como extraños, provenientes tal vez de algún glaciar, en tanto que el primero se nos muestra sembrado de montículos de mil y mil formas caprichosas y diversas que hacen de él, si no el más bello, en cambio el más fantástico.

Tales son, a grandes rasgos, y en número escasísimo, las bellezas que a millares se elevan por doquiera en la República, para hacer que al admirarlas las amemos y, al amarlas, surja hermosa, noble y grande la visión portentosa de su suelo.



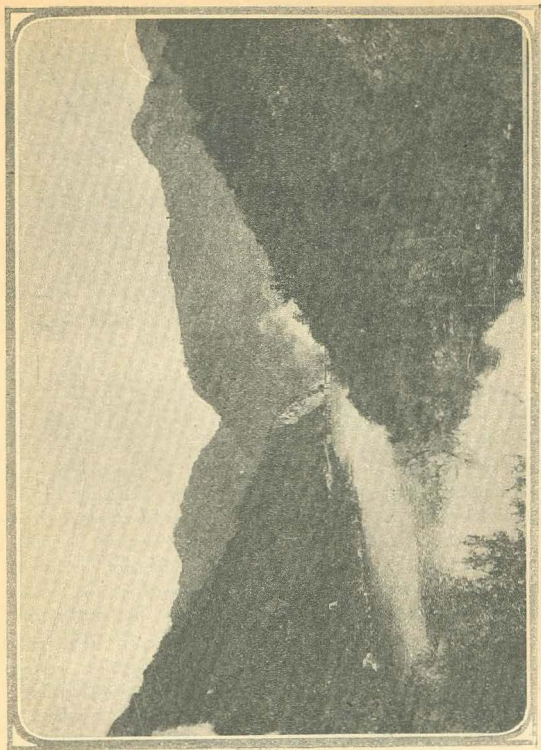
## LAS SIERRAS CORDOBESAS

Sobre el amplio panorama natural de la campiña cordobesa surgen, como una evocación de fuerza y de grandeza, las sinuosas y pintorescas sierras que limitan su horizonte hacia occidente.

Vistas a lo lejos aparecen como un nublado solitario que contrasta con la diafanidad de un cielo de perennes y purísimos destellos; de cerca remedan, en cierto modo, la majestad sin par de los soberbios Andes.

A pesar de la pequeñez que las distingue comparadas con los últimos, aseméjanse, sin embargo, a los nombrados en el primor sin igual de sus bellezas, no faltándoles, no obstante lo circunscripto de sus límites, todos los atributos de lo agreste, de lo vario y de lo eterno.

Cada una de las creaciones de la naturaleza posee, a no dudarlo, su fisonomía propia,





característica y precisa dentro de los rasgos generales que informan su hermosura, razón por la cual las Sierras Cordobesas poseen a su vez también la que les es tan peculiar, la cual no es otra alguna que la singular diversidad de perspectivas que en espacios limitados nos presentan, diversidad que da tonos de grandeza a sus mismas pequeñas maravillas, pues no es raro entrever un hilo de agua deslizándose no lejos de alguna enorme mole de granito, un minúsculo helecho al lado de un laurel de fronda gigantesca, o ya un amplio valle, contiguo a otro u otros de extensiones reducidas.

Aparte de la exuberancia de su flora, la cual presta a sus innúmeras bellezas otras tantas bellezas seductoras, las Sierras Cordobesas distínguense igualmente por los contrastes de fertilidad y de aridez que a menudo nos presentan, ya que a todas no les es dado revestirse con los verdes follajes con que suelen mostrarse engalanadas, por lo que no es extraño se contemple, resaltando de en medio de aquellas más boscosas, la calva soberana de algún cerro destacándose imponente a la distancia.

Hay algo, no obstante esto, que admirando más que todo, nos causa la intensa sensación que causar puede lo inconmensurable y lo potente, lo ignorado y misterioso, y ello no es más que ese conjunto sin fin de prominen-

cias que, a medida que ascendemos a algún pico, se proyecta soberbio ante nosotros. Entonces, confundidos en innúmeros paisajes, entrevénse grandiosos panoramas, horizontes, planicies, valles, prados, llanuras extensísimas, en las que alguno que otro pueblo, ya distante o ya cercano, esmaltan la campiña con el tinte común que les es propio, cuando no es que algún tren interminable, avanzando a través de ellos, se desliza veloz hasta ocultarse trasponiendo el confín del horizonte.

Al par de esto, su mismo cielo azul tan esplendente contribuye también a embellecerlas, como sus saludables brisas y sus aguas aumentan por igual sus excelencias.

Y ese, al parecer, nublado solitario, y al parecer parda nube de tormenta, no son más que las Sierras Cordobesas, gigantes prominencias que se elevan en la mitad central de la República.

---





## EL GENERAL LAVALLE

Preciso es para hablar de él conocer no sólo nuestra historia sino también la historia americana, pues tan extenso es el campo de sus hazañas inmortales que éste abarca, cuando menos, la mitad del continente.

A igual que los héroes de leyenda, su personalidad se destaca entre otras tantas merced a su altivez nunca abatida y a su valor jamás domado; al haber abrazado causas justas y alentado hasta su muerte la fe que sólo a éstas les es dado transmitir.

Y a igual también que esos héroes de leyenda, él sufrió las más fieras asechanzas del destino, quizá para mezclar a su corona de laureles las no menos gloriosas espinas del martirio.

Según esto, bien podría decirse que, al servir a la Patria, sirvióla por dos veces: primero al combatir por ella con toda la pujanza de un guerrero medioeval, y luego al responsabilizar ante el futuro sus errores de político con

una vida consagrada por entero al triunfo de las libertades más preciadas.

¿Qué importa que a través de su casaca de soldado se dejasen traslucir, con su modo de ser y de pensar, las pasiones y el carácter dominante de esas épocas, si todo ello no era más que la forzosa consecuencia del medio en que se actuaba?

Él, como mil otros, dirigióse únicamente hacia un fin, largo tiempo ambicionado; conquistarlo fué su objeto; si sus luces y porfía no pudieron conseguirlo, sólo al hado que lo guiaba nos es dado reprocharlo, pues para hacerlo a nuestros ojos aun más grande, encaminólo rectamente al sacrificio.

Y después de lidiar heroicamente por espacio de tantos largos años, ¿qué recompensa hallaron sus desvelos; qué fué lo que él obtuvo; qué fué lo que alcanzó? No más que desconsuelo, tristezas y amarguras, o vislumbrar en el postrer instante de su vida que los más reprochados de sus yerros podrían algún día servir de galardón a su memoria, galardón que tan sólo han alcanzado los héroes y los mártires.

Los tiempos han cambiado; en el horizonte ilimitado y como nunca luminoso de la Patria no clarea otro sol que el del progreso; el porvenir ha dejado de ser ya de las décadas pasadas, las cuales hoy nos brindan no otra cosa que sus glorias.



## LA PERSEVERANCIA

He aquí la clave de todos los problemas que dependen del esfuerzo y en que todas las glorias se confunden; la de no poca parte de los méritos y dichas que anhelamos poseer, así como de las honras más legítimas.

Su poder es tan seguro, tan firme, tan completo, que bien podría realizar lo irrealizable, siempre que a tal intento se uniera la fe que infunde el éxito cuando la anterior se consagra al servicio de un ideal grande y honrado.

La Perseverancia, robusteciendo el carácter, da lo que no es posible que dé cosa alguna fuera de ella, es decir: la confianza en sí mismo, la tranquilidad de espíritu una vez de haberla practicado, y la satisfacción de los deberes que se cumplen.

Ningún triunfo colectivo o individual, ninguna conquista, ningún adelanto ha dejado

de hallarse cimentado en el afán que empeñóse en alcanzarlo, y, como síntesis de él, en un poco más o menos de constancia.

Por ella se llega a realidades que parecen imposibles, sobrehumanas, a resultados no soñados, pues por ella normalizamos nuestra vida encauzando nuestras propias energías hacia un fin determinado.

Veces hay que nos infunde tanto aliento, tan seguro dominio del futuro, que acaso más de una vez hemos pensado que podría esclavizar hasta el Destino, conmover lo incommovible, vencer lo incontrastable e igualar al genio, si el genio dependiera tan sólo del esfuerzo,

Nada existe que a la Perseverancia no se deba, ya que en ella se compendian, comúnmente, satisfacción, renombre y beneficio.

He aquí cuánto atesora y todo lo trascendental de su importancia, lo cual no constituye nada que no se halle a nuestro alcance, y que no dependa, por lo tanto, de nosotros.

De entonar un himno que, a no dudarlo, sería el más glorioso de entre todos, que encareciera los adelantos de las ciencias, las industrias y las artes, ese himno no sería otro que el que se elevara en loor de la que lo puede todo dentro de los límites humanos: la Perseverancia.



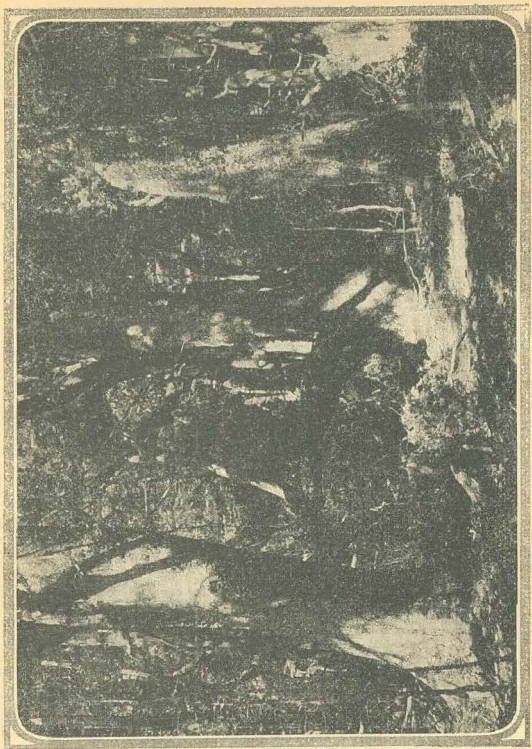
## LA SELVA DE MONTIEL

Llegar a ella, penetrar en lo profundo de su seno y abismarse en la contemplación de su belleza es, en cierto modo, descorrer el velo de los años, rasgar las tinieblas de lo ido y comprender cierta porción de nuestra historia.

Una vez dentro su reino, las ideas que nos cercan en tumulto se confunden, el espíritu se expande, se extasía, no se sabe qué pensar, y como final postrero, después de admirarla largo tiempo, un único deseo nos embarga: el de alejarnos silenciosa y lentamente, tal vez por comprender recién entonces su inmensidad augusta, salvaje y portentosa.

Sin duda es otro mundo aquel que impera en el seno de las selvas seculares, mundo de orden aun más maravilloso que cuantos se adivinan en los restos de las monumentales obras de arte de otros tiempos.





No es, por cierto, creación de artífice alguno tan enorme y estupendo mar de gramas, de leños y follajes y, no obstante, todo él parece haber sido trabajado por la mano prodigiosa de un insigne forjador, pues no hay línea ni contorno, ojiva o chapitel, clarooscuro o medias tintas que existir puedan por capricho involuntario o inconsciente del que dióle formas desmedidas o minúsculas, precisión ya calculada o ya arbitraria, colores, luz y sombras.

La calma y el silencio tan profundos que allí reinan nos embargan, nos confunden y anonadan, haciéndonos comprender mejor que nunca lo pequeños que en sí somos, la fragilidad de nuestro ser y al par nuestra impotencia, comparados con lo bello y con lo excelso de una obra de portento semejante.

El laberinto de sus sendas, de sus arcos, de sus pórticos, de sus plazas y avenidas, es cien veces más difícil de explicarse y comprenderse que el famoso que la historia nos recuerda, llegándonos entonces, quizá por abstracción al replegarse el pensamiento sobre sí, o quizá por divisarse un arroyo no lejano, de aguas límpidas, bordeado de malezas, corriendo silenciosa y mansamente, el recuerdo de Ramírez, el caudillo legendario, arroyo en el cual figúrase uno que bien pudo haber dado éste de beber a su corcel.



Internándonos aún más dentro de ella, en breve descubrimos una cruz, maltrecha por el tiempo y las borrascas, y el primer pensamiento que nos llega al contemplarla es saber a quién recuerda y por qué se eleva allí. Empero, ningún indicio exterior nos lo revela, por lo que concluimos presumiendo sea la misma que dejóse en memoria de Gutiérrez después de Don Gonzalo. Mas no, esa está allá, en una abra no lejana, recordamos en seguida, en tanto que la que se muestra ante nosotros encuéntrase inmediata al borde de una laguna solitaria, circundando a la cual inmensos ceibos, timbóes y arrayanes ostentan en hermosa profusión los encantos multiformes de sus flores.

Pensamos nuevamente, y al cabo de algún tiempo terminamos por creer que no sea otra cosa que la rústica cruz que colocóse en memoria del malogrado y no menos famoso guerrero correntino Coronel Berón de Astrada. Y las luchas fratricidas de ese entonces se agolpan a la mente con sus fúnebres cortejos de horrores y de sangre, para luego parecernos ver pasar por un claro del bosque, al frente de sus huestes valerosas, a Paz, Lavalle, Urquiza, Echagüe y tantos otros, y con ellos sus pasiones y noblezas, vanidades, virtudes y defectos, y con ellos también, al propio tiempo, la vida temeraria y no menos romancesca de esos años,



a igual que nuestras glorias más genuinas, tanpreciadas, tan hermosas, pero no por eso menos caras.

Descubrimos, por fin, un descampado formado por dos cejas de los montes que se extienden sombríos a lo lejos, mostrándonos de lleno el tinte verdeoscuro con que suelen revestirse a la distancia.

La noche se avecina, en tanto que el zorzal y la calandria entonan sus trinos postrimeros, quizás en homenaje al sol que no ha mucho se ha ocultado, o a aquella silenciosa inmensa selva que vase adormeciendo por instantes.

---



## EL PAMPERO

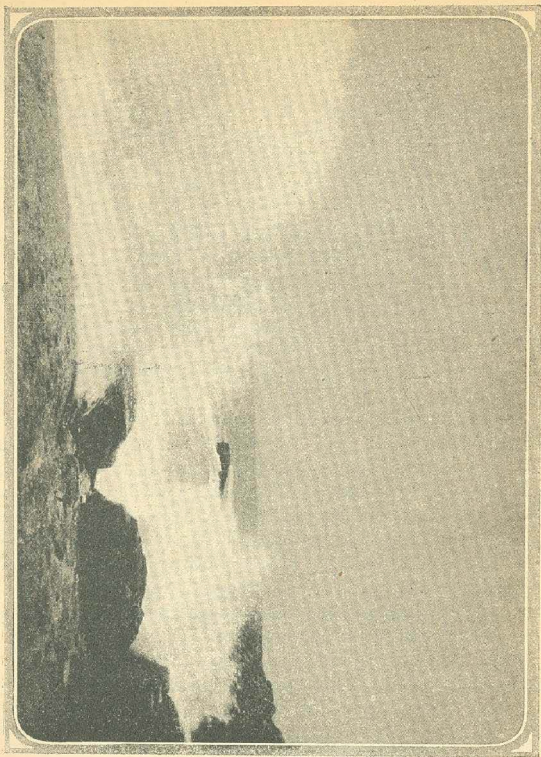
Ruge el mar: Sobre la costa inmensa del Atlántico las olas se precipitan tumultuosas, atronando los espacios con su concierto salvaje y colosal.

La playa es otro mar, pero un mar de blanca espuma, nacido del combate sin descanso de las aguas con las peñas que acantilan la ribera.

El viento también ruge; es el Pampero que ha tomado su nombre de la extensa llanura solitaria que besa con su beso de titán.

Torva la faz y airado como siempre, va arrojando las nubes en tropel, las que corren formando cortinados de borrasca no distante de la tierra que oscurecen.

Y constante en su lidiar eterno y caprichoso en contra de cuanto pretende avasallar, ruge y ensordece de continuo, vacila, espera, se retrae, para en breve volver con nuevos



ímpetus, aun más incontenibles que hasta entonces.

Por fin vence y al vencer desgaja, azota, retuerce, arrastra, requebraja, hasta convertir lo que fué un árbol, una choza o una valla cualquiera, opuesta hasta ese instante a sus furores, en una masa informe que arroja con desprecio hacia un surco o un recodo del camino.

El salvaje más que nadie conociólo por ser él el que con frecuencia presidía sus sangrientas y nocturnas correrías.

Su semejanza, por otra parte, es tanta con las invasiones memorables que los hijos del desierto solían traer sobre las poblaciones fronterizas, que aun hoy, al bramar furiosamente, no parece sino que toda una horda de otros tiempos llegara con intentos de exterminio. Empero, él fué uno de los tantos buenos genios del desierto, y hoy como antes es benéfico.

El congrega las nubes de tormenta en el estío, las que derraman a torrentes la vida de sus senos sobre la madre tierra macilenta. Él hace que la simiente fructifique, que los campos se pueblen de ganados y se llenen de mieses los graneros.

El impele en el mar a los navíos a igual que en nuestros ríos, dando así facilidades al comercio. Él regula los estados de la atmósfera, librándonos de los tórridos calores del verano;

él conforta y vivifica con su aliento poderoso cuanto toca, siendo, en fin, un genio bueno a pesar de sus caprichos de furioso.

Duerme el mar. Sobre la costa inmensa del Atlántico se ha calmado por entero la borrasca, aquél ya nos escucha, y el Pampero, después de combatirlo largo tiempo, ha llevado una vez más hacia los trópicos los bienes que sus soplos atesoran.





## EL CENTENARIO

En el rodar del tiempo, en ese eterno andar de los minutos, las horas y los años, hay fechas que señalan, al parecer, un límite al trabajo realizado por el hombre, las cuales finalizan las etapas en que el progreso humano se divide para pulsar, de cuando en cuando, su importancia.

Y esas fechas, esencialmente históricas, concluyen comúnmente una edad célebre en la edad inmortal de las naciones, ya que ellas sintetizan los períodos más álgidos de los cuatro en que dicen los sociólogos que las mismas realizan sus destinos.

Por eso el año diez, de principios del siglo transcurrido, es aquel memorable de partida en que el pueblo de Mayo desligóse de toda sujeción al extranjero, y el que, a igual que al



comienzo del presente, puntualiza cien otros de existencia.

¿En qué forma ha llenado éste sus fines? ¿Qué obra ha realizado? ¿Por qué medios conquistó cuanto atesora en bienes materiales y morales?

Pocos, muy pocos habrá seguramente que, debiendo responder a esas preguntas, puedan mejor que el nuestro contestarlas, pues no hay duda de que si en realidad hubiera un límite impuesto por el tiempo a los grandes esfuerzos colectivos, él lo haya ya alcanzado remarcándolo con hechos perdurables.

Y si no, ¿por qué es entonces que señala en sus fastos más gloriosos el triunfo de derechos largo tiempo ambicionados? ¿La libertad de otras repúblicas, la paz dentro de él mismo, el adelanto material más asombroso y del cual con razón se enorgullece, así como el progreso de las instituciones aquellas de las cuales depende comúnmente el bienestar general de las naciones?

Si todo esto lo ha alcanzado, y lo ha alcanzado en el espacio no más de una centuria, ¿ha llenado o no en forma tales fines; ha realizado o no obra proficua y ha conquistado, en fin, por otros medios que no sean los más dignos, los más puros, los mejores, esos mismos adelantos, ya que el universal respeto le acom-

pañña y la admiración universal lo corrobora?

Y esa y no otra es la obra que él muestra como esfuerzo genuino de su raza, sonriente al contemplarla tan hermosa y prometérsela aún más en el futuro.

Loado sea, pues, por siempre el fausto día en que el pueblo de Mayo congregóse, a igual de un siglo atrás, noble y altivo, confirmando ante el mundo sus destinos.



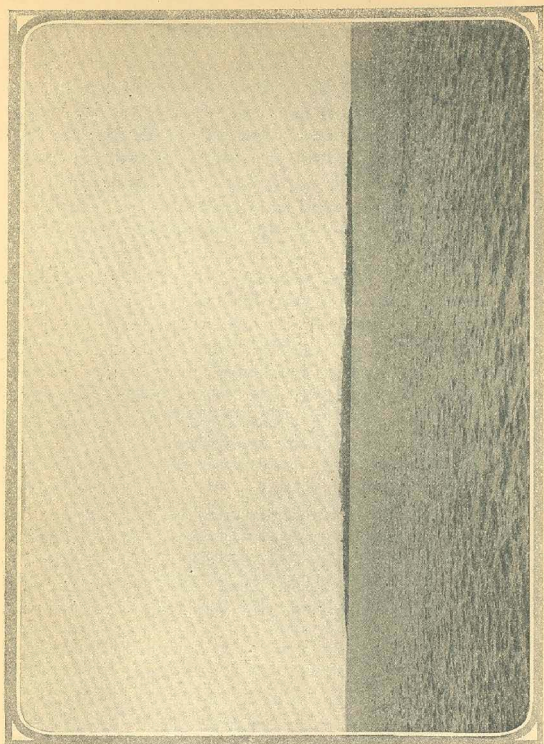
## EL PLATA

Grande, aun en medio de la grandeza soberana del Atlántico en el cual se arroja como un mar dentro otro mar, desciende el Plata, fundiendo en uno solo el enorme caudal de agua que el Paraná y el Uruguay confunden al formarlo.

Dividiendo dos naciones que en América no son más que vecinas, podría si existieran en Europa constituir entre una y otra el límite más remoto conocido dado lo gigantesco de su cauce.

Es que él, como todo cuanto esta mágica Atlántida ha heredado, aun más bella y esplendente en realidad que el fantástico sueño que forjóla, es una de las tantas maravillas que abandona a la admiración de quienes lo contemplan.

No en vano creyólo un mar Solís y por tal



bautizólo al descubrirlo; no en vano es que él forma el más amplio y caudaloso de los estuarios; y no en vano es que, con relación a sus inmensas dimensiones, dentro de él podría caber más de una nación también del viejo mundo.

Participando de la belleza incomparable que surge de todo lo que es ilimitado, así como de la que es peculiar a lo armónico, primoroso y circunscrito, él reúne los innúmeros encantos de una y otra para formar con ellos su belleza, la cual no es otra alguna que aquella que se aviene con la sin par grandeza que en no lejano día coronará a los pueblos poderosos que en sus opuestas márgenes nacieron, así como es ya hoy la arteria colosal por cuyo cauce se vuelcan sobre el orbe las riquezas fabulosas que uno y otro de esos pueblos atesoran.

Ningún nombre, por otra parte, podía corresponder mejor que el que le asignó el destino, al que como él se halla situado en el más ameno Edén del universo, ya que no es más que la cabal promesa que, por medio de sus artes y sus industrias, han de hacer real, con el andar del tiempo, las naciones del sur del continente.

---



## EL GENERAL ALVEAR

Brillante, fogoso, apasionado; de un patriotismo ardiente y elevado, él fué el contendor ilustre que acicateó con decisión mayor y mayor brío, anhelando emular en lo posible la hombría de bien del vencedor de Maipo, del que debía constelar, andando el tiempo, al par que las virtudes del patriota, la austeridad ejemplar del ciudadano.

La causa debatida lo exigía, y lo exigía doblemente por el deber de servirla con altura y por el sentimiento de gloria que irradiaba.

No era sólo al hombre al que exaltaba; era también a la mujer y al niño, y ésta, para eterno orgullo de su sexo, transmitió a aquél, al inspirarse en ella y al darse a la misma por entero su decisión, su constancia y su heroísmo.

¿Cómo no bregar, pues, por ser de los primeros, si todo compelia a destacarse?



Y Alvear, sediento de fama y de renombre, luchó por conquistarlos, hasta forzar las puertas del preclaro destino que le cupo, a golpes de denuedo y bizarría.

Militar, diplomático, legista, siempre fué uno mismo, exponente de ideales elevados, demostrados en ocasiones mil y en mil diversas y opuestas circunstancias.

Patricio esclarecido, sostuvo con austeridad ejemplar sus convicciones, sin desmayar jamás al sustentarlas ni dudar nunca del triunfo de la causa que abrazara, tanto más cara para él cuanto brindóle dos lauros inmortales: Montevideo en que inicia su carrera e Ituzaingo en que la corona y la completa.

Por eso mereció bien de la Patria, un lugar prominente entre el núcleo de destacados hombres de ese entonces, y el recuerdo lleno de veneración y de respeto de los que aman los culminantes hechos de la historia.





## LA TOLERANCIA

Creer en la bondad del ser humano no menos que en la debilidad que lo distingue es juzgarlos, sin duda, con justicia.

No por esto es posible se transija con todo cuanto pueda rebajarnos escudados en que somos imperfectos, pero tampoco es razonable que se llegue a condenar en absoluto a quien no pueda, desee o deba ser igual al que lo juzga.

Comprendiendo, pues, entonces que ni uno ni otro de ellos ha de hallarse, a buen seguro, despojado de faltas y defectos, preciso es también que comprendamos que será aún mejor que los citados quien practique con amor la Tolerancia. Sí; la Tolerancia, ya que ella sintetiza bondad, dulzura e indulgencia, y, por tanto, perdón y sacrificio.

Escasos son los espíritus ecuanímenes, generosos y sinceros, mas por eso mismo es que en

ellos entrevemos cuanto existe de más digno, de más puro y de más noble.

No en vano es que, fundado en tal creencia, un célebre escritor ha asegurado que la humanidad, para ser guiada, preciso es que se encuentre convencida de que aquel que pretenda dirigirla sea, ante todo, digno de ella.

Sin embargo, no es fuerza que, asintiendo en la bondad de alguna idea por la fe que nos inspire, permitamos que en nuestro ánimo predomine en absoluto, pues la propia santidad, a pesar del concepto que involucra, juzgada con relación a nuestro ser, de suyo tan complejo como frágil, en el fondo no es más seguramente que la degeneración de la excelencia de éste mismo.

Demás está decir que lo atestigua el principio tan común como sapiente: Que una cualidad cualquiera que podría ser, muy bien, una virtud según el grado, se trueca en un defecto desde el instante mismo en que asciende o desciende de tal grado.

Aparte de esto, usar de tolerancia es tan loable como usar de discreción y de prudencia, es saber precaverse de los riesgos de la vida y comprender al propio tiempo a los humildes.

En fin: quien la practique ha de hallarse más seguro de sí mismo, por guardar relación cuanto él exprese con los hechos que acusen su carácter.



## LOS MUERTOS POR LA PATRIA

Si es cierto que la hora del crepúsculo es la santificada del poeta, del creyente, del que sufre, del que espera; del que en un segundo es capaz de vivir vida más larga, más grata, más intensa con sólo sus recuerdos que quien jamás los tuvo o jamás vivió de ellos, esa debe de ser también la predilecta para pensar en todos los que fueron, y con mayor razón si sucumbieron por la gloria y grandeza de la Patria.

Es que en tal hora acuden a la mente, en alas del recuerdo, los hechos culminantes de la historia, los que nunca logrará borrar el tiempo porque son, como el tiempo, indestructibles.

Y sin duda es así, pues algo que no es canto ni es plegaria, que tampoco es sollozo ni lamento, pero que es algo mejor porque es todo eso, parece que se oyera, y que ese himno que se eleva rumoroso al ocultar el sol su disco de oro,

consagrado hubiera sido por el numen que trueca en inmortal el menor hecho.

Al pensarlo mil nombres se murmuran y otras tantas acciones se suceden, pareciendo que entonces ocurriera la hazaña de mortal tal como lo hizo el bizarro Sargento en San Lorenzo, el émulo de aquél que en Arjonilla salvó a San Martín de los franceses.

La gratitud es el don de los hidalgos, la prenda individual más estimada. Así, pues, comencemos recordando a aquellos que murieron por la Patria sin ser hijos nativos de su suelo.

Brandzen es el primero de esa larga y no menos gloriosa lista de héroes, y luego es Rauch, Charlone, Ford, Drumond y tantos otros que, a igual de ellos, rindieron la vida en holocausto del deber sacrosanto de servirla.

Tras éstos nos hallamos frente a frente del hombre de color más abnegado que reseña la epopeya americana.

La sin igual proeza de Falucho es, sin duda, por todos conocida, ya que es, como pocas, señalada.

Y luego entre mil más se encuentra Campos, muerto en Itá-Ibaté de hambre y torturas.

Costa: que rinde, como el anterior, su último aliento tras la gloriosa enseña de Belgrano.

Gómez: uno de los tres heroicos Sargentos de Tambo Nuevo, al que se le propuso servir contra su Patria, recibiendo la muerte por negarse.

Vega: el Coronel libertador de cinco repúblicas hoy soberanas, quien ante un ofrecimiento de Rosas, el tirano, sólo repuso: "El Coronel Vega comerá tierra antes que deshonorarse".

Millán: que dobla la cerviz en Matucana, y que al acercarse la hora de la prueba se adorna con las medallas de Tucumán y Salta que conserva ocultas, gritando al pelotón de tiradores: "¡Al pecho, al pecho! ¡Viva la Patria!"

Paz: el gallardo Teniente de veinte años que, herido en Curupaytí de dos balazos, rehúsaba todo auxilio porque el toque que se oía era el de carga, el de adelante.

Sarmiento: el hijo tan mimado de Faustino, el genial estadista, que en un arranque de entusiasmo aseguraba que morir por la Patria era vivir.

Vélez: el intrépido Capitán de Yuraicoragua que, al entrar en combate, gritaba airado: "Hoy me cubro de gloria o termino mi existencia".

Videla: Capitán también que en el Cerrito forzósele a que gritara "¡Viva el Rey!", a lo cual contestó: "¡Viva la Patria!"

Tales son, con mil otros, humildes e ignorados, esos muertos de quienes se bendice la

memoria, pues a todos alcanza el homenaje que se rinde espontáneo a su recuerdo.

Juventud que soñáis con cuanto puede elevar la lealtad a un alto grado: el valor, la hidalguía, el sacrificio a la región ideal de donde emanan los ejemplos mejores de la historia; inspirad en sus nombres esos ensueños, esas ansias de bien y de valía, todas vuestras más grandes ambiciones, y es seguro que el hacerlo os será grato al vislumbrar el fin de la jornada.

---





## EL MAR

¡Por fin llegamos a él! ¡Por fin lo contemplamos!

He aquí al señor, al rey, al soberano; al titán de las trágicas contiendas, al gladiador indómito y esquivo.

El atleta dormita aletargado, con un sueño que finge indefinido, como suele dormir cuando está en calma, a menos de rugir enfurecido o murmurar sin término ni objeto.

La brega ha sido recia: Una vez más la eterna y ruda lid ha terminado, pero no para concluir como postrera, sino para emprenderla más furiosa.

He ahí, pues, su destino: luchar por siempre y siempre, hasta el fin de los siglos, sin descanso.

El huracán ha huído y él reposa; apenas si suspira; acaso sueñe con el combate airado de no ha mucho en que al barrer la playa con su oleaje rugió como un volcán, o medite tal vez y más que nunca en la contienda próxima y segura que prometióle aquél.



Y así como es soberbio, es presuntuoso. Agrádale mostrarse enternecido como galán sumiso y veleidoso.

Entonces acaricia la playa murmurando mil quejas, modulando mil risas y suspiros, remediando mil ecos, al par que platicando con las barcas, gimiendo en las rompientes o cantando allá en sus ondas más lejanas.

¡Qué hermoso es contemplarlo con el alba cuando yace tranquilo y silencioso, lo propio que en la tarde, a tiempo de ocultarse entre las brumas!

No parece uno mismo; el de la aurora es todo luz, encanto y alegría; el del ocaso es tan sólo quietud, ensueño y agonía. Uno y otro, no obstante, se parecen en lo que les es común, que es su grandeza.

Como todo lo inmenso y soberano, él también posee contrastes, contrastes que se nos hacen más extremos cuanto más nos incitan a admirarlos.

Así ¡cuán diferente se presenta allá sobre los trópicos y aquí en Madryn, en el lejano sur y junto al Plata!

Cada clima le presta una belleza; cada playa mil encantos, cada cielo un nuevo aspecto.

La noche cae sobre él, apenas gime; no parece sino que precisara de la quietud, del sueño y del descanso.



## FLORA ANDINA

En el ardiente enero, cuando la lujuriosa vegetación tropical así como la de las regiones medias ostentan toda la prodigiosa exuberancia de sus climas; cuando las campiñas rebosan de pastos florecidos y los bosques se pueblan de perfumes y armonías doblándose el ramaje al peso de sus frutos, la Flora Andina, a igual que las nombradas, surge a las caricias de las brisas de los valles y a las del fulgurante sol que le da vida.

Entonces la araucaria de follaje siempre verde como el umbroso pino que, cual otro sagrado cedro, sólo crece en las alturas, a su vez ostentan también todo el mágico esplendor de sus encantos para hacer en lo posible menos tristes las regiones en las cuales han nacido.

Y entonces sus extensos frutillares, al par que sus silvestres manzanares, ofrecen en común sus cuantiosos e inapreciables bienes al





primero que quiere recogerlos. Y Pilolí, Trolope y Lolog, lugares célebres por el tamaño y el sabor de esas dos frutas, vense poblados de serranos que tras ellas acuden presurosos.

Y luego sus bosques seculares, tan antiguos como la inmensa cordillera en que han nacido, los que esperan solamente la mano del artífice que deba transformarlos en obras de adelanto; bosques vírgenes, de valor incalculable, tan extensos, tan sombríos y a la vez tan solitarios, que el espíritu se siente comprimido ante el piélago sin fin de sus ramajes y la calma y el silencio tan profundos que allí reinan.

Y toda esa flora inestimable ofrécese espontánea como un don de esas regiones ignoradas o muy poco conocidas, en tanto que el estío con sus innumerables bienes y bellezas transcurre sobre ella, hasta que otro y otros que al cabo se suceden, préstanle de año en año, al par que los dulces atractivos de los valles, el calor siempre fructífero del luminoso sol que la fecunda.





## EL RIO AGRIO

Al nombrarlo paréceme que del fondo del recuerdo, recuerdo casi extinguido por el tiempo, alzáranse dos años de vida transcurridos no lejos de sus plácidas riberas y que, una vez más, esa vida, acaso por lo distante ya, surgiera con todos los encantos de las cosas que han pasado para siempre.

El Agrio, ese río sin hermosura alguna, de tan contadas perspectivas, de orillas solitarias, desiertas, silenciosas; ese río que corre por un valle estrecho y pedregoso, con murmurio plañidero, monótono y constante; ese río que nada ostenta, al parecer, que lo distinga de entre tantos que como él se desprenden de los Andes, es, no obstante, y tal vez más que ninguno, el que posee esa magia irresistible de evocar en quien lo haya contemplado cuanto de triste y melancólico puede la naturaleza concentrar.



Es que el Agrio, a pesar de no ser bello, a pesar de ofrecer tan escasas perspectivas y orillas silenciosas y desiertas, cautiva por el hechizo singular que allá en sus senos oculta lo ignorado, extraño y misterioso.

Desposeído de encantos que no sean los encantos de lo agreste, el Agrio no muestra otros, pero en cambio ellos son tan sugestivos que, una vez que se admiraron, sólo con el transcurso de los años es posible que se lleguen a olvidar.

Por eso, siempre que a mi memoria acude su recuerdo, nuevamente creo verle descendiendo, ora mansamente, ora tumultuoso, ya sea que se desplaje por el valle o ya que éste le obligue por las sinuosidades del terreno a replegarse sobre él mismo; con los gigantes Andes a la espalda y los cerros laterales que van como jalones, marcando su curso caprichoso al par que dibujando sus contornos en el límpido cristal de su corriente.

Sus profundos remansos espumosos que giran raudamente como si se hallaran poseídos de algún vértigo; sus caídas continuadas y a cual más resonante y más hermosa, donde todo él se precipita con estruendo formidable y cuyos ecos van a perderse en los valles silenciosos y lejanos.

Sus riberas agrestes y rocosas, de las que el

agua que mana gota a gota va corriendo lentamente hasta encontrarle, mientras que al desprenderse de las peñas ha formado en su contorno bosquecillos de helechos y de berros, cuando no de malvabuena y yerbacaria.

Un distante juncal, siempre pequeño, donde un par de avutardas se cobijan, o algún guanaco sediento, después de haber bebido hasta saciarse, ramonea un cogollo florecido.

Un cóndor que a una altura imponderable va remontando lentamente su sinuoso extenso curso en busca de la presa que allá en el corazón de la montaña no le fué dado descubrir, o ya, en fin, de alguna que otra gallineta de mejillas encarnadas que, posadas sobre un peñasco de en medio de su rápida corriente, pacientemente esperan la pesca de una trucha.

Y en el helado invierno cuando los montes, los cerros y los valles dormitan bajo la blanca nieve, él, como siempre rumoroso, corre ora mansamente, ora tumultuoso, como si no sintiera la inclemencia de la crudísima estación a la cual parece responder con su monótono, constante murmurar.



## EL GENERAL GÜEMES

Honrar a Güemes es no sólo honrar al genio tutelar de una comarca sino también al de la nación entera, en uno de los más álgidos momentos de la lucha por la libertad del suelo patrio.

Es que Güemes, como Martí, como Kosciusko, como Toussaint L'Ouverture, como todo libertador de pueblos o guiador de multitudes, encarna un ideal, ideal tanto más grande y elevado cuanto más trascendente es la aspiración por que se lucha, se padece y se sucumbe.

Y nuestra epopeya emancipadora, para gloria eterna de quienes la forjaron, cuenta en sus anales toda una constelación de varones de ese temple, entre los que el nombrado se destaca con la serenidad de los elegidos de la historia.

Por eso fué que a su voz hasta las piedras mismas de sus nativas sierras parecían levantarse contra las huestes opresoras, y que el



valor, la astucia y el ingenio fueron también puestos a prueba durante la larga, cruenta y singular contienda en que inmortalizóse Salta y honróse la República.

Belicoso como sus aguerridos e indomables gauchos, y no menos paciente que abnegado, nunca cejó en la ardua tarea de dar cumplido término a la magna empresa de ser el valladar ante el cual se estrellara, día tras día, la falange victoriosa, empresa que granjearíale en un futuro no lejano, como él lo presintiera, la gratitud de las generaciones venideras, las que, al aquilatar su esfuerzo heroico, habían de hacer de su memoria un culto y de su obra una apo-teosis.

Luchador de fibra homérica, su personalidad agigántase por grados a medida que el tiempo perfila con rasgos imborrables las nobles líneas de su figura descollante, y hasta su mismo fin glorioso y prematuro, como gloriosa fué su vida toda, pone un timbre de honor más sobre su nombre, legendario e inmortal como sus hechos.

GUSTAVO R. LENNS





## INDICE

Prólogo .....	Pág.	11
El General San Martín.....	»	13
La Caridad .....	»	15
La Gruta de Aucume.....	»	17
Ideal.....	»	23
El General Paz .....	»	26
La Cruz del Sur.....	»	28
La Conciencia .....	»	31
La Bandera .....	»	33
El Espejismo .....	»	36
Sarmiento .....	»	40
La Voluntad.....	»	42
El Paraná y El Uruguay.....	»	44
Los Aires Nacionales.....	»	49
Moreno .....	»	52
La Región de los Lagos.....	»	54
La Bondad.....	»	58
La Patria.....	»	60
El Delta .....	»	62
El General Belgrano .....	»	66
La Generosidad .....	»	68
La Pampa.....	»	71

La Constitución.....	Pág.	75
Rivadavia.....	»	77
Ocasos Andinos.....	»	79
La Verdad.....	»	83
Reminiscencias .....	»	85
Las Sierras Cordobesas .....	»	90
El General Lavalle.....	»	94
La Perseverancia.....	»	96
La Selva de Montiel .....	»	98
El Pampero.....	»	103
El Centenario.....	»	107
El Plata.....	»	110
El General Alvear.....	»	113
La Tolerancia.....	»	115
Los Muertos por la Patria .....	»	117
El Mar .....	»	121
Flora Andina.....	»	124
El Río Agrio.....	»	127
El General Güemes .....	»	131





